

Autobiografía de la B. Margarita

DA
CIÓN

c

NOV
BX4700
. A37
A5
C. 1
ALD

00 9919



1080021338



PROUTER PARA TVTYM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AUTOBIOGRAFÍA

DE LA

B. MARGARITA MARIA ALACOQUE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. o C.
SAN JOSE EL REAL Núm. 3.
APARTADO POSTAL Núm. 444.
MEXICO.





AUTOBIOGRAFÍA

DE LA

B. MARGARITA MARIA ALACOQUE

COPIADA TEXTUALMENTE
DE LA QUE DEJÓ MANUSCRITA ELLA MISMA
POR ÓRDEN DE SU DIRECTOR EL P. ROLIN, S. J.

TRADUCIDA

POR EL P. ÁNGEL SANCHEZ TERUEL

DE LA

COMPañIA DE JESUS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO:

ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO»
Calle de Ayala (Ensanche)

1890



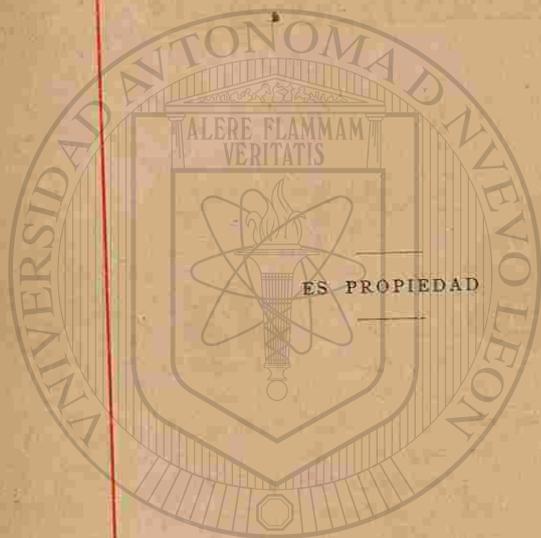
Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Teitez

45765

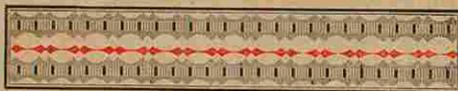
V
922
M

BX4700
A37
AS



Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



AL QUE LEVERE

NADIE ignora la deuda inmensa que contrajo la Compañía de Jesús con el Divino Corazon por haberla elegido para defender en primera linea sus intereses y establecer su reinado. Tampoco se desconoce que deben los hijos de San Ignacio mostrarse agradecidos a la B. Margarita María Alacoque, por haber sido la escogida para comunicarles tan divina eleccion.

Ahora bien: cumpliéndose en este año de 1890, el 17 de Octubre, dos siglos del glorioso tránsito de Margarita María al cielo, y presentándose con motivo de este Centenario la ocasion de pagar de algun modo esa doble deuda, me propuse contribuir

000219

á ello, por mi parte, con una obra que no fuera indigna de nuestra gratitud. Tal ha sido mi principal objeto al traducir en nuestra hermosa lengua la vida de la Beata, escrita por ella misma, vida exclusivamente dedicada por Margarita á la gloria de Jesus y ordenada por Jesus para dar á conocer la obra de su amor, el corazon de Margarita.

Ademas, España conoce á Margarita, tiene noticia de las heróicas virtudes que practicó y de los extraordinarios favores que recibió del Corazon divino; sabe quizá por diversos autores todos los sucesos de esta vida admirable, pero no posee este preciosísimo tesoro, que tienen ya otras naciones, y no merece ser la última en poseerle mi patria, que en aprovecharse de él será la primera.

Expuestas ya las razones que me han movido, sólo me resta añadir cuatro palabras sobre la traduccion.

Confieso que hubiera preferido conservar el fondo y variar la forma, verter íntegro el pensamiento y dejar correr libremente la pluma dando más soltura á la frase y amenidad al estilo, no por vanidad pueril, sino por vencer más fácilmente y áun encubrir las dificultades que á cada paso me salian al encuentro, ya por las cosas mismas, ya por la manera particular con que están expresadas.

Sin embargo, procurando vencerlas y áun sacrificando mi deseo de evitar al ménos las frecuentes repeticiones, he optado por la version literal, sin más variaciones que las necesarias, á mi juicio, para que la frase resulte lo más castiza posible, y para presentar más clara alguna idea.

Así lo exige la índole del escrito para que quede intacta la plenitud de su autoridad; así, para que conserve toda su fuerza el sentimiento como inherente á las expresiones mismas, con que el alma describe sus luchas y victorias, pinta sus penas y sus gozes, descubre todos sus más íntimos secretos; así lo exige, finalmente, la utilidad de los lectores, como se deduce de la promesa hecha por Jesus de unir la unción de su gracia á los escritos de la Beata con este exclusivo objeto.

Á fin de facilitar la lectura y hacerla adaptable á los nueve dias de una novena, he admitido la reforma introducida por la version italiana de dividir la Autobiografía en nueve capítulos, agregando al último de estos un apéndice, por ser su preparacion á la muerte escrita por la misma Beata. Finalmente, añadido tambien el décimo capítulo, para describir la muerte de Margarita y dejar terminada la obra. No áduo que semejante division será del agrado de mis lectores.

Hechas estas ligeras observaciones para dar completa razon de mi obra, y deseando que ésta ceda en gloria del Sacratissimo Corazon, en honra de la B. Margarita Maria y en bien de mi amada patria, voy á permitirte hacer una súplica. Todos sabemos aquella inefable promesa del Divino Corazon: «Reinaré en España, y con más veneracion que en otras partes,» y todos deseamos que se inaugure pronto ese reinado, para vernos libres de tantas calamidades como nos rodean. Ninguna ocasion hay más oportuna que la presente para obtener esa gracia: este mismo año se hace al Corazon de Jesus la ofrenda más pura y agradable á sus ojos, la ofrenda de la inocencia en la Consagracion de los niños: por medio del libro que pongo en las manos del lector, podemos hacer nosotros la ofrenda de la penitencia, pues nada se nos inculca en él tanto como el horror al pecado y el amor al sacrificio. Leámosle, pues, meditémosle, empapémonos bien en esos sentimientos, y preparados así, pidamos á la B. Margarita que se digne ella misma presentar esas dos ofrendas al Divino Corazon, y hacémosle propicio para que more Él en nosotros y nosotros en Él, en lo cual consiste su reinado.

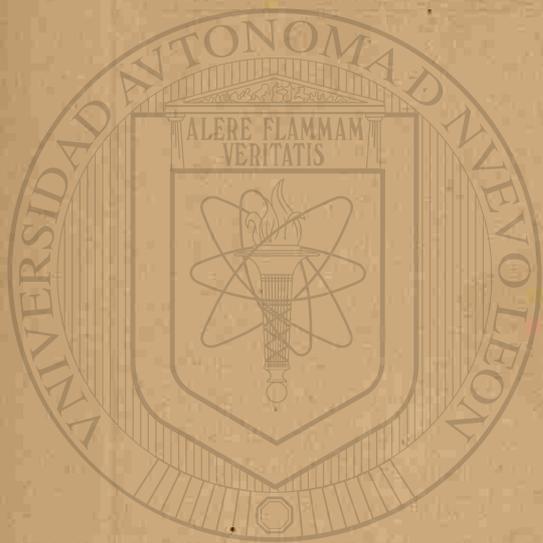
I

FAVORES CON QUE MARGARITA MARÍA
FUÉ PREVENIDA POR JESUS
EN SUS PRIMEROS AÑOS

Hechas estas ligeras observaciones para dar completa razon de mi obra, y deseando que ésta ceda en gloria del Sacratissimo Corazon, en honra de la B. Margarita Maria y en bien de mi amada patria, voy á permitirte hacer una súplica. Todos sabemos aquella inefable promesa del Divino Corazon: «Reinaré en España, y con más veneracion que en otras partes,» y todos deseamos que se inaugure pronto ese reinado, para vernos libres de tantas calamidades como nos rodean. Ninguna ocasion hay más oportuna que la presente para obtener esa gracia: este mismo año se hace al Corazon de Jesus la ofrenda más pura y agradable á sus ojos, la ofrenda de la inocencia en la Consagracion de los niños: por medio del libro que pongo en las manos del lector, podemos hacer nosotros la ofrenda de la penitencia, pues nada se nos inculca en él tanto como el horror al pecado y el amor al sacrificio. Leámosle, pues, meditémosle, empapémonos bien en esos sentimientos, y preparados así, pidamos á la B. Margarita que se digne ella misma presentar esas dos ofrendas al Divino Corazon, y hacémosle propicio para que more Él en nosotros y nosotros en Él, en lo cual consiste su reinado.

I

FAVORES CON QUE MARGARITA MARÍA
FUÉ PREVENIDA POR JESUS
EN SUS PRIMEROS AÑOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

POR sólo vuestro amor, es por lo que me someto á la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdón de mi resistencia á ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino vos solo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisierais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones, que habia tomado para

seguir la grande inclinacion, que siempre tuve, de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque, cuando ya habia obtenido las promesas de las personas que, á mi parecer, podian contribuir á esto, y habia quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habian dejado en mi poder, me fué comunicado este mandato. Soberano Bien mio, haced que nada escriba, sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusion.

Único amor mio, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y posesor de mi corazon, aunque conociais bien la resistencia que habia de haceros!

No bien tuve conciencia de mi misma, hicisteis ver á mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazon un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para

refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenian mi ligereza y me retraian de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacia, me sentia continuamente impulsada á decir estas palabras: «Dios mio, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad.» Un día las dije entre las dos elevaciones de la santa Misa, que de ordinario oia con las rodillas desnudas en tierra, por frio que hiciese. No comprendia lo que habia hecho, ni lo que queria decir la palabra *voto*, ni tampoco esta otra, *castidad*. Toda mi tendencia era ocultarme en algun bosque, y nada me detenia sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

La Santísima Virgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí: yo recurría á ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme á su divino Hijo de modo alguno, sino siempre á ella, á la

cual ofrecia el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, ó haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo, cuantas Ave Marías rezaba.

Perdí á mi padre niña aún; y como era la única hija, y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo hasta la edad de unos ocho años y medio sin más educacion que la de los domésticos y campesinos.

Me llevaron á una casa religiosa, donde me prepararon á la primera comunión cuando tenia unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que queria tomar parte en ellos con mis compañeras, sentia siempre algo que me separaba de allí y me impelia hacia algun rinconcito, sin dejarme reposar

hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba á ponerme en oracion, pero casi siempre postrada ó con las rodillas desnudas en el suelo, ó haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenia vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar á las religiosas, considerándolas á todas como santas, y pensando que, si fuese religiosa, llegaría á ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que á esto sólo aspiraba. Aunque no eran, á mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocia otras, juzgaba que debia quedarme en su convento.

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años. No pudo hallar-

se, en definitiva, otro remedio á mis males, que el de consagrarme con voto á la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada á ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba á hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez, que estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dió tal reprensión, que aunque era aún muy niña, jamás se ha borrado de mi mente. «Hija mía, me admiro de que me sirvas con tanta negligencia.» Tal impresión dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado

el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mío! no pensaba entonces lo que después me habeis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazón en el Calvario, no podía sostener la vida, que me habiais concedido, sino con el alimento de la Cruz, que sería mi manjar delicioso. He aquí cómo pasó. Apenas comencé á gozar de plena salud, me fui tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentían mi madre y mis hermanos, me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar á ellas todo el tiempo que deseaba. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mío, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los había hecho según mi propensión, naturalmente inclinada al placer; mas no según vuestros designios tan diferentes de los míos.

Mi madre se había despojado de su

autoridad en casa para trasmitirla á otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos ni ella, ni yo en mas dura cautividad. No es mi ánimo ofender á esas personas en cuanto voy á referir, ni creer que obrasen mal haciéndome padecer (libreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos, de que se valia el Señor para cumplir su santa voluntad. No teníamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni aún hallaba con qué vestirme para ir á Misa, si no pedía prestados cofia y hábito. Entónces fué cuando comencé á sentir mi cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacia, ni aún salia de casa, sin el permiso de tres personas.

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigieron á buscar mi completa dicha y consolacion en el Santísimo Sa-

cramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podia ir á ella sin el permiso de esas personas, y acontecia, que cuando queria una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara, que era porque habria dado cita á algunos jóvenes y sentia mucho no poder ir á su encuentro, bajo el pretexto de oir Misa, ó ir á la bendicion del Santísimo. ¡Y yo, que tenia en mi corazon un horror tan grande á todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos ántes de abrigar tal pensamiento! Esta fué la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino á un ángulo del jardin, ó del establo ú otro lugar secreto, en el cual pudiera arrodillarme y derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la que habia puesto toda mi

confianza, permanecía allí días enteros sin comer ni beber. Esto era lo ordinario; á veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasion un poco de leche ó fruta hacia la tarde. Despues, cuando volvía á casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecia ser una pobre criminal, caminando á oír su sentencia; y ántes que vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo á mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa. En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no habia tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponía á trabajar con los criados. Despues de esto, pasaba las noches, como habia pasado el día, vertiendo lágrimas á los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada,

que queria ser el dueño absoluto de mi corazon y hacerme en un todo conforme á su vida dolorosa, y á este fin queria constituirse Maestro mio, haciéndose presente á mi alma para obligarme á obrar como Él en medio de sus crueles dolores, dándome á conocer que los habia sufrido por mi amor.

Quedó desde entónces tan impresionada mi alma, que desearía no cesasen ni por un momento mis penas. Porque despues le tenia siempre presente bajo la forma de un Crucifijo ó de un Ecce-homo llevando su cruz, lo cual imprimía en mí tal compasion y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecían ligeras comparadas con el deseo, que sentía de sufrirlas para conformarme con mi Jesus paciente. Y me affigia al ver que aquellas manos que se levantaban á veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor. Me sentía continuamente impulsada á prestar toda

clase de servicios y obsequios á estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y á sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podia. Pero no era yo, quien hacia todo lo que escribo, y escribiré bien á mi pesar, sino mi soberano Maestro, que se habia apoderado de mi voluntad y no me permitia quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni aún tolerar que me tuvieran lástima y compasion, diciéndome que Él habia obrado así, y queria que, cuando no pudiese impedir me hablasen de esto, les diese toda la razon y echase sobre mí toda la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecian otros muchos castigos.

Mas en la extrema violencia, que necesito hacerme para escribir esto, que habia siempre tenido oculto con tanto cuidado y precaucion para lo porvenir,

áun procurando no conservar idea alguna en mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le dí mis quejas por la grande repugnancia, que sentia; pero Él, fijando mi atencion, me dijo: «Prosigue, hija mia, prosigue, que ello ha de ser, ni más, ni ménos, á pesar de todas tus repugnancias; es necesario que mi voluntad se cumpla.—Mas, ¡ay de mí, Dios miol ¿cómo he de acordarme de lo que pasó hace ya cerca de veinticinco años?—¿No sabes que soy la memoria eterna de mi Padre celestial, que jamás olvida cosa alguna, y ante la cual lo pasado y lo futuro son como el presente? Escribe, pues, sin temor todo, segun te lo dictare, que te prometo derramar en lo que escribas la unción de mi gracia, á fin de ser por este medio glorificado.»

»Primeramente quiero esto de ti, para hacerte ver que me gozo inutilizando todas las precauciones, que te

»dejé tomar para ocultar la profusion
 »de las gracias, con las cuales tuve el
 »gusto de enriquecer á una tan pobre
 »y débil criatura como tú, cuyo recuer-
 »do jamás debes perder, á fin de ren-
 »dirme por ello continuas gracias.

»En segundo lugar, para enseñarte
 »que no te debes apropiár esas gracias,
 »ni ser mezquina en distribuirlas á los
 »demás, ya que he querido servirme
 »de tu corazón, como de un canal, con
 »el fin de repartirlas, según mis desig-
 »nios, en las almas, muchas de las cua-
 »les serán retiradas por este medio del
 »abismo de perdición, como te haré
 »ver en adelante.

»Y en tercer lugar, para hacer ver
 »que soy la Verdad eterna, que no
 »puede mentir; que soy fiel á mis pro-
 »mesas, y que las gracias, que te hice,
 »pueden resistir todo género de exá-
 »menes y de pruebas.»

Después de estas palabras me hallé
 tan fortalecida, que no obstante mi

gran pena de que se lea este escrito,
 me resolví á continuar á toda costa,
 para cumplir la voluntad de mi Sobe-
 rano Maestro.

La más áspera de mis cruces era el
 no poder suavizar las de mi madre,
 para mí cien veces más duras de so-
 portar que las propias, si bien no le
 daba el consuelo de hablarme de ellas,
 temiendo ofender á Dios con el placer
 de comunicarnos nuestros sufrimien-
 tos. Pero en sus enfermedades era
 cuando mi dolor llegaba al extremo;
 porque entregada por completo á mis
 pobres cuidados y servicios, sufría mu-
 cho, tanto más, cuanto que á veces se
 hallaba todo cerrado con llave, y me
 era preciso ir á mendigar hasta los hue-
 vos y otras cosas necesarias á los en-
 fermos. No era esto pequeña aflicción
 para mi natural tímido, aún pidiéndolo
 en casas de campesinos, pues me de-
 cían no pocas veces, más de lo que hu-
 biera deseado.

En una erisipela, que tuvo en la cabeza, de una hinchazon, inflamacion y dureza horribles, que la ponía á las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo, que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro no podría vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, á no ser yo, que no sabía dónde acudir, ni á quién dirigirme, sino á mi asilo ordinario, la Santísima Virgen y mi soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibía sino burlas, injurias y acusaciones, no sabía dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido á Misa el día de la Circuncision de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser Él mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme á mí lo que debía hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que á mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi

tan ancha como la palma de la mano, la cual despedía un hedor insoportable, y nadie quería acercarse á la enferma. No sabía yo curar llagas, y ántes ni aún podía verlas ni tocarlas; para esta no tenía más unguento que el de la divina Providencia, y todos los días cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecía hallarse siempre presente, que al fin en pocos días se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades, ni me acostaba ni apenas dormía; comía muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi divino Maestro me consolaba, y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino á Él en todo cuanto me pasaba, le decía: «Mi soberano Maestro: si Vos no lo quisierais, no sucedería esto; pero os doy

«gracias de haberlo permitido para hacerme semejante á Vos.» En medio de todas estas cosas, me sentia atraida tan fuertemente á la oracion, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposicion de aprender cómo habia de hacerla, no teniendo trato ni conversacion alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra, *oracion*, que me arrebatava el alma. Mas habiéndome dirigido á mi soberano Maestro, me enseñó cómo queria que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacia postrar humildemente en su presencia para pedirle perdon de cuanto le habia ofendido, y luego, despues de haberle adorado, le ofrecia mi oracion sin saber aún sobre qué habia de hacerla. Entónces se me presentaba Él mismo en el misterio, en que queria le considerase, y atraia tan fuertemente mi espiritu, teniendo en Él absortas mi alma y todas mis potencias, que no

sentia distraccion alguna, sino mi corazon consumido por el deseo de amarle, lo cual me producía una insaciable ansia de comulgar y sufrir. Pero no sabia cómo arreglarme; no tenia más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible; y aunque esta ocupacion me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenia por oracion, y me sentia continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor, que tan pronto como me enseñara, dedicaria á ella todo el tiempo disponible. Sin embargo, su bondad me retenia con tanta fuerza en la ocupacion dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podia rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentia cansancio. Hubiera pasado allí los dias enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacia, sino era consumirme en su presencia

como un cirio ardiente para devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices, ni envidiaba, sino á las que podían comulgar con frecuencia, y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor sacramentado: bien es verdad, que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacía sino negarle el honor debido. Procuraba ganar la amistad de las personas, de quienes he hablado más arriba, á fin de obtener algunos momentos libres para dedicarlos al Santísimo.

Me sucedía, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad, y como en alta voz decía el Párroco en su plática que no debían comulgar los que no habían dormido, sin hacerlo ántes (1), no pudiendo yo

(1) O se expresó mal el Párroco ó no le comprendió bien nuestra Margarita.

conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el día de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servían de único alimento y placer.

¡Mas también fuí culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de Carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como también la falta, que cometía usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer á las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias, que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo, que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo quería, y yo no alimentaba hacia ellas ningún descontento.

Pero, ¡ay de mí! Señor mío, compa-

deceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusion, que me imprimis con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo á ejecutarlo. Sostenedme, Dios mio, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamas con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas, y armar contra mí todos los furores del inferno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdon de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseais, no obstante la repugnancia, que me haga sentir el amor propio.



II

LUCHAS Y TRIUNFOS DE MARGARITA MARÍA
EN SU VOCACION

deceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusion, que me imprimis con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo á ejecutarlo. Sostenedme, Dios mio, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamas con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas, y armar contra mí todos los furores del inferno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdon de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseais, no obstante la repugnancia, que me haga sentir el amor propio.

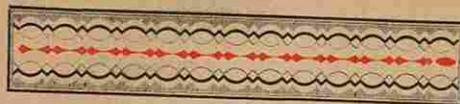


II

LUCHAS Y TRIUNFOS DE MARGARITA MARÍA
EN SU VOCACION



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



II

REANUDANDO mi narra-
cion diré, que á medida
que crecía, se aumentaban mis
cruces. El diablo suscitaba mu-
chos buenos partidos, segun el
mundo, los cuales me asedia-
ban para obligarme á ser infiel
al voto, que habia hecho. Esto
atraia mucha gente á casa, con
quien me era preciso tratar, lo que me
servía de no pequeño suplicio. Por un
lado mis parientes, y sobre todo mi ma-
dre, me apretaba en este punto llorando

sin cesar y diciéndome que no tenía más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguía con tanto ímpetu mi corazón, que no me concedía momento de tregua; pues tenía siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba á faltar, sería castigada con horribles tormentos.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba, y diciéndome que si me hacía religiosa, la mataría de pena, debiendo responder de ella á Dios por estar completamente abandonada á mis cuidados y servicios. Sentía un tormento insopor- table, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror á la impureza no cesaban de importunarme. Su-

fria con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo, y me derretía en lágrimas. No teniendo persona, á quien descubrirme, no sabía qué partido tomar. Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó á sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era, al hacerlo, bien se podría obtener su dispensa. Además de esto, temía mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podría ayunar, hacer limosnas, ni tomar disciplina según mi deseo; que la vida religiosa pedía tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me sería imposible llegar á ella, y me condenaría.

Comencé, pues, á mirar al mundo, y á componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía. Pero vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin

un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenia designios muy diversos de los que abrigaba mi corazón, me hicisteis conocer en esta, como en muchas otras ocasiones, que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aun cuando mi malicia é infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas é industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus inspiraciones, fué todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte á parte y le consumían, dejándome como transida de dolor. Y no siendo aún esto suficiente para hacer soltar su presa á un corazón tan ingrato como el mio, me sentía como ligada y arrastrada con cordeles con tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba á un sitio apartado, donde me

hacia severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazón, que sufría persecuciones espantosas. Después de haberle pedido perdón con el rostro pegado á la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvía, como ántes, á mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir, los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbos reprensiones; que era mi vanidad, quien la había reducido á tal estado; que perdía un tiempo tan precioso, del cual se me pediría una cuenta rigurosa á la hora de la muerte; que le hacía traición y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante á Él. Estampábase todo esto tan profundamente en mi espíritu y abría tan dolo-

rosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente, y me sería muy difícil expresar cuánto sufría y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruida, ni oído hablar de ella, no sabía sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacía practicar con su amorosa violencia.

Para vengar de algun modo en mí misma las injurias, que le hacía, y recuperar la semejanza y conformidad con Él, aliviando así el dolor, que me oprimía, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apenas podía respirar y comer. Dejábalas tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba á crecer encima, no podía extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedía con las cadenillas ó cilicios de mis brazos, los cuales al desprenderse

llevaban consigo el pedazo de carne viva. Después me acostaba sobre una ligera tablita ó sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacía mi lecho para reposar un poco, y tomaba además una disciplina procurando hallar algun remedio á los combates y tormentos interiores, en cuya comparacion parecíame un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado ántes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuían, todo esto, repito, lo tenía por un alivio al lado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio, y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacía tal violencia, que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender á mi Dios, me causaba aún mayor tormento que todo lo demás, porque me parecían mis pe-

cados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies para enterrar en su seno á una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los dias, y, sin embargo, no podia hacerlo sino raras veces. Parecíanme santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabia acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacia verter muchas lágrimas.

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se habia constituido en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví á abrazarla á costa de cualquier sacrificio. Pero, ¡ay de mí! No pudo cumplirse mi deseo, sino cuatro ó cinco años más tarde, durante cuyo tiempo redoblándose por todos lados mis pe-

nas y combates, procuraba redoblar tambien mis penitencias, segun me lo permitia mi divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome á la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega á ser santo. Hablábame así, porque le pedia en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leia otro libro que el de la *Vida de los Santos*, decíame al abrirle: Me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba de desolacion al ver que ofendia tanto á mi Dios, y pensaba que los santos no le habian ofendido como yo, ó al ménos, que si algunos lo habian hecho, habian despues pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardia en vivos deseos de hacerla; pero mi divino Maestro me infundia tan gran temor

de seguir mi propia voluntad, que desde entonces juzgué que nada le agradaría, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarlo, y de reglar por la obediencia todas mis acciones; pero no sabía cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Parecíame un crimen el decir que amaba á Dios, viendo á mis obras desmentir mis palabras. Le pedí me enseñase, é hiciera ejecutar cuanto quería que practicase para agradarle y amarlo. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno á los pobres, que habria querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasion tan tierna de sus miserias, que, á depender de mí, me hubiera quedado sin nada por aliviarlas. Cuando tenia dinero se lo daba á niños pobres, para obligarles á venir á mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y á tratar con Dios. Esto

hacia que me siguieran, siendo tantos á veces, que en invierno no sabia dónde colocarlos, á no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Mortificábame esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacia.

Llegaron á pensar que daba á los pobres cuanto podia haber á las manos; pero no habria osado hacerlo, temerosa de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mio, y aún no me atrevia á hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenia, á hacer caricias á mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedia muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecía tranquila, y después de un rato volvía á importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba á pedirselo también á los que conmigo vivian, lo cual era para mí un continuo

suplicio. Pero creía conveniente sujetarme á todos aquellos, que me inspiraban mayor repugnancia y obedecerles, para experimentar si podía ser religiosa. Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dió tanta autoridad sobre mí, que no podía existir religiosa más sujeta. Mas el ardiente deseo, que sentía de amar á Dios, me hacia superar todas las dificultades, y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario á mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentía á ello, que me acusaba en la confesion, cuando ocurría, de no haber seguido estos impulsos.

Repugnábame en extremo ver llagas; pero me fué preciso ponerme desde luego á curarlas y besarlas para vencerme, y no sabía cómo arreglarme en esta operacion. Mas mi divino Maestro sabia suplir tan perfectamente to-

das mis ignorancias, que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más unguento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podía ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependia de mí para proporcionármelos, porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba á mi vista, cual si acabase de ser azotado, me impedía tenerla, pues me hacia estas reconven- ciones, que llegaban á herirme el cora- zon. «Y bien, ¿querrás gozar de este »placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno, »y me entregué á todo género de amar- »guras por tu amor y por ganar tu co- »razon! ¿Y querrás ahora, sin embargo, »disputármelo?» Tales palabras produ- cian honda impresion en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada com-

prendia. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacia bien alguno, era porque con tal fuerza me impulsaba á ello, que no podía resistir.

Este es el grande objeto de mi confusion en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querría poder dar á conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias á Dios y oposicion á sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecía, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad á mi malicia, y su amor á mis ingraticudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer á mi Soberano libertador, que tan amoroso cuidado habia tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un día en un abismo de estupor viendo que tantos defectos é infidelidades, como en mí ha-

llaba, no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo: «Es porque »deseo hacer de ti como un compues- »to de mi amor y de mis misericordias.» Y en otra ocasion me dijo: «Te he elegido por esposa y nos prometimos fidelidad, cuando hiciste el voto de castidad. Soy yo, quien te movia á hacerle, ántes que el mundo tuviera parte alguna en tu corazon, porque le quería enteramente puro, y sin mancha alguna de aficiones terrenales, y para conservármele así, quitaba toda la malicia de tu voluntad, á fin de que no pudiera corromperle. Y despues te confié al cuidado de mi santa Madre, para que te formase segun mis designios.» Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurria en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecia no tener nada que temer bajo su proteccion maternal. Tambien hice voto en este

tiempo, de ayunar todos los sábados, de rezar, cuando supiese leer, el oficio de su Inmaculada Concepcion, y de hacer siete genuflexiones todos los dias de mi vida, rezando siete Ave Marías para honrar sus siete dolores: me ofrecí despues por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña como á mi buena madre, hacia la cual sentia desde entónces un amor verdaderamente tierno. Me reprendió severamente, cuando me vió de nuevo dispuesta á sucumbir en la terrible lucha que sostenia en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir á las persecuciones de mis parientes y á las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decia, que á los veinte años debe una jóven tomar estado, comencé á inclinarme á ese parecer.

Pues Satanás me decia continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser re-

«ligiosa? Vas á convertirte en la risa del mundo, porque de ningun modo has de perseverar; ¡y qué confusion, dejar un hábito de religiosa y salir de un convento! ¿Dónde podrás despues ocultarte?» Me deshacia en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenia un horror espantoso á los hombres y no acertaba á resolverme; pero mi divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo finalmente piedad de mí.

Un dia, despues de la comunión, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacia tantos años, ¿de dónde me venia el querer romper con Él toda amistad, para unirme con otro? «¡Oh! Entiende que si me haces este desprecio, te abandono para siempre; pero si me eres fiel, no te dejaré jamás y me haré tu triunfo contra todos tus

»enemigos. Excuso tu ignorancia, por-
 »que no me conoces aún; pero si per-
 »maneces fiel y me sigues, te enseñaré
 »á conocerme y me manifestaré á ti.»

Infundia con estas palabras tan grande calma en mi interior, y mi espíritu se halló en paz tan suma, que desde aquel momento me determiné á morir ántes que cambiar. Me parecía entonces que mis lazos estaban rotos y que nada tenia que temer, pensando que aún cuando fuese la vida religiosa un purgatorio, me seria más dulce purificarme en ella el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces por mis grandes pecados y resistencias merecido.

Estando, pues, decidida por la vida religiosa, el divino Esposo de mi alma, temeroso de que me escapara aún de sus manos, me pidió que consintiera, ya que soy débil, en que se apoderase é hiciese dueño de mi libertad. No puse obstáculo en dar el consentimiento, y

desde entónces se apoderó tan fuertemente de mi albedrío, que no he gozado más de él en todo el resto de mi vida, y tanto se introdujo en mi corazón desde este momento, que, comenzando á comprenderle, renové mi voto. Le dije que, aún cuando me hubiese de costar mil vidas, no seria jamás otra cosa que monja, y me declaré resueltamente á la familia, suplicando se despidiera á todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran. Viendo esto mi madre, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacia continuamente delante de todos los que le hablaban del asunto, los cuales no dejaban de venir despues á decirme que seria la causa de su muerte, si la abandonaba, y que responderia de ello ante Dios, porque no tenia ella otra persona que la sirviese, y yo lo mismo podia ser religiosa despues de su muerte que durante su vida. Uno de mis hermanos me queria

mucho, é hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazón había llegado á ser insensible á todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, aún tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

Me enviaron á casa de uno de mis tíos, que tenía una hija religiosa, la cual sabiendo que yo quería serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinación á la vida de las Ursulinas, le decía: «Considera, que si entro en tu convento, lo haré únicamente por amor tuyo, y lo que yo quiero es ir á uno donde no haya parientes, ni conocidos, á fin de ser religiosa por el amor de mi Dios.» Con todo, como no sabía donde tendría lugar esto, ni qué religion debía abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir aún á sus importunaciones,

tanto más, cuanto que amaba mucho á esta prima y se servía ella de la autoridad de mi tío, á quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decía que me amaba como á una de sus hijas, siendo este el motivo de querer tenerme á su lado. Y jamás quiso ya permitir á mi hermano volverme á llevar á casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona. Mi hermano, el cual todavía no había querido consentir en que fuese religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tío en todo esto, para encerrarme en Santa Úrsula, mal de su grado, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me impelían, hasta queriendo obligarme á entrar, mayor era mi disgusto. Decíame una voz secreta: «No te quiero ahí, sino en Santa María.»

Entretanto no se me dejaba ir á la

Visitacion, aunque habia allí muchas parientas, y se me decian cosas capaces de desanimar á los ánimos más resueltos; pero cuanto más hacian por separarme de ellas, más las amaba y sentia crecer el deseo de entrar en aquel convento á causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba á conocer era esta la religion que buscaba. Y viendo un dia un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigia una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba, sino como á mi buen Padre. Pero no me atrevia á referir nada de esto, y no sabia cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podia verme libre de ellas.

Estando ya á punto de abrirseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obli-

gó á partir inmediatamente para estar á su lado, sin que pudieran impedírmelo, aunque estaba delicada más que de enfermedad, de pena por verme como forzada á entrar en un convento, adonde creia que no me llamaba Dios. Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver á tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto: baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacia ver que no podia mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que responderia á Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me causaba crueles penas, por el tierno amor que la profesaba, y el demonio se servia de ello para hacerme creer que seria la causa de mi eterna condenacion.

Por otra parte, mi divino Maestro me instaba con tal fuerza á dejarlo todo

para seguirle, que no tenía reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejar-me á su vida de dolores, que cuanto sufría, me parecía nada; por lo cual redoblé mis penitencias. Vez hubo, en que arrojándome á los pies de mi crucifijo, le dije: «Querido Salvador mio, ¿cuán feliz sería si imprimierais en mí vuestra imágen dolorosa!» Y Él me respondió: «Es lo que pretendo, con tal que no me hagas resistencia y cooperes por tu parte.» Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me ligaba los dedos é introducía en ellos agujas; y además en cuaresma tomaba todos los días disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelación. Mas por mucho que la prolongase, apenas podía sacar sangre que ofrecer á mi buen Maestro en cambio de la que Él había derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibía, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres días de Carnaval, hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores á Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando á pan y agua, dando á los pobres lo que recibía para mi alimento.

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaria con frecuencia, pues no querían permítirmelo, sino rara vez, y me hubiera creído la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos días, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentía allí con una seguridad tal, que aún siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurría desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunión sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, á causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había

comulgado, ni quisiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar, ¡tan grandes eran la consolación y la paz de que gozaba! Ocultábame cuanto podía para aprender á amar á mi soberano Bien, el cual tan poderosamente me estimulaba á devolverle amor por amor. Pero no creía poder amarle nunca por mucho que hiciera, si no aprendía á tener oración, pues no sabía sino lo que Él me había enseñado, esto es, abandonarme á todos sus santos impulsos, cuando podía encerrarme con Él en algun lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el día con los criados, y luego á la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto había hecho, capaz de satisfacer á los que vivían conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podía, en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenía un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar á mi divino Maestro de que temía no poder agradarle en todas mis acciones—en vista del exceso de propia voluntad, pues hacia las mortificaciones á mi gusto, y no era para mí estimable, sino lo practicado por obediencia.—«¡Ay de mí! Señor mio, le decía, dadme alguno que me conduzca á vos.»—«¿No te basto yo?, me respondió, ¿qué temes? Una hija tan amada como tú, ¿podrá perecer entre los brazos de un Padre omnipotente?»

No sabía qué cosa era la dirección; pero tenía gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese á casa un religioso de San Francisco y pasase allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales. Hacia más de quince días que tenía la mía escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasión, siempre me parecía no haber hecho lo suficiente á causa de mis grandes peca-

dos. Me sentía penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertía lágrimas en abundancia, sino también hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos el estar tan ciega, que no las podía conocer, ni explicar lo enormes que eran. Esta era la causa de escribir cuantas podía encontrar en los libros que tratan de la confesión, poniendo á veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas. Pero decía entre mí: «Quizá las cometí y no lo conozca, ni lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, que sienta la confusión de decirlas, para satisfacer á la divina Justicia.» Bien es verdad, que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas, de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado después por esta clase de confesiones, si mi soberano Maestro no me hubiese

asegurado que todo lo perdonaba á una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesión, en la cual este buen Padre me obligó á pasar muchas hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

Esta confesión me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dió muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenía grandes temores por ser mi natural muy inclinado á ella, y pensaba que todo lo hacía por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, porque temía en gran manera al pecado, que arrojaba á Dios lejos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenía siempre en el mundo, ha-

ciendo ya cuatro ó cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que después el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que prefería morir á cambiar, me prometió satisfacer mis deseos. En su consecuencia, marchó para tratar la cuestión de mi dote, á verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querían que fuese religiosa en aquel convento. No sabía yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí á la Santísima Virgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, á quien dirigí muchas plegarias. Hice también celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome: «Nada temas, tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena Madre.» Tanto me tranquilizaron estas

palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, á pesar de las oposiciones. Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil francos; en ti está el disponer, como te plazca, de tus bienes, porque el asunto no está concluido.» Entonces le dije resueltamente: «Ni se concluirá nunca. Quiero ir á las Hijas de María, á un convento muy lejano, donde no haya ni parientas, ni conocidas, porque no quiero ser religiosa, sino por amor de mi Dios. Quiero abandonar por completo el mundo, ocultándome en cualquier sitio retirado, para olvidarle y ser de él olvidada, y no volver á verle jamás.»

Me propusieron muchos conventos sin poder decidirme por ninguno, pero apenas se nombró á Paray, se dilató de gozo mi corazón, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita á las religiosas, con quienes viví á la edad de ocho años, y tuve que soste-

ner todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perseverar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron á prometer volver á su convento, si salía del otro; porque sabían bien, decían, que jamás podría acostumbrarme á estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, antes se afirmaba más y más en su resolución diciendo: «Es preciso morir ó vencer.» Pero omito todos los demás combates, que me vi obligada á sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.



III

NOVICIADO DE MARGARITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ner todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perseverar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron á prometer volver á su convento, si salía del otro; porque sabían bien, decían, que jamás podría acostumbrarme á estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, antes se afirmaba más y más en su resolución diciendo: «Es preciso morir ó vencer.» Pero omito todos los demás combates, que me vi obligada á sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.



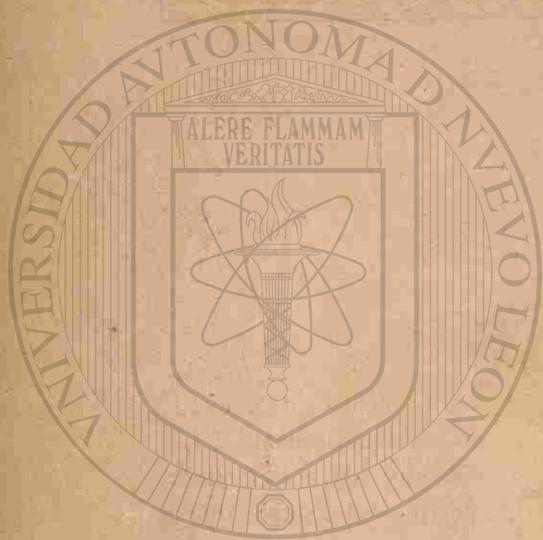
III

NOVICIADO DE MARGARITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



III



o bien entré en el locutorio, oí interiormente estas palabras: «Aquí es donde te quiero.» En seguida dije á mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iría jamás á otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me habia llevado allí, sino para darme á conocer las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no

quise volverme á casa, sin que todo estuviese concluido. Despues de terminado, me parecia haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentia! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido, decían: «¡Miradla, buenas trazas tiene de ser religiosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertía como nunca lo habia hecho, por el gozo que tenia de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras: «Mira, hija mia, si podrás hallar
»un padre apasionado de amor por su
»hijo único, que haya tenido jamás
»tanto cuidado de él, y podido darle
»testimonios de amor tan tiernos, como
»los que te he dado y te quiero dar del
»mío, el cual ha tenido tanta paciencia
»y tomado tanto trabajo para educarte
»y amoldarte á mi manera desde la
»más tierna edad, esperándote con dul-

»zura, sin mostrar repugnancia en medio de todas tus resistencias. Acuérdate, pues, de que si algun dia te olvidas del reconocimiento que me debes, no refiriendo á mí la gloria de todo, ese seria el medio de secar para ti este manantial inagotable de todo bien.»

Habiendo llegado, finalmente, el dia tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazon, que estaba como insensible, tanto al cariño, como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecia ser como una esclava, que se encuentra libre de su prision y de sus cadenas, para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesion, y gozar con toda libertad de la presencia de este, de sus bienes y de su amor. Así se lo decia Jesús á mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabia alegar otro motivo

de mi vocacion de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que llegado el momento de entrar, era un sábado, cuantas penas habia padecido, y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecia iba á separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *habia el Señor roto el saco de mi cautiverio, y revestídomo con su manto de alegría; y de tal manera me trasportaba el gozo, que decia á gritos: «Aquí es donde Dios me quiere.»* Sentí inmediatamente todo esto inculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo; que cuantas en ella moraban debian ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligacion de serlo á toda costa; y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse á todo sin reserva ni miramiento alguno. Así se me hacia suave cuan-

to se me presentaba de más áspero en los principios. Todos los dias durante algun tiempo me despertaban las siguientes palabras, que oia distintamente, pero sin comprenderlas: *Dilexisti iustitiam* y el resto del versículo; otras veces: *Audi, filia, et vide*, etc., y tambien estas: «Has hallado tus senderos y tu camino, ¡oh mi Jerusalem, casa de Israel! mas el Señor te guiará en todas tus empresas, y no te abandonará jamás.» Repetia todo esto, sin comprenderlo, á mi buena Maestra, á la cual, y tambien á mi Superiora, miraba como á Jesucristo en la tierra. Y como ni sabia, ni habia tenido jamás regla ni direccion, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecian oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debia temer cosa alguna haciéndolo todo por obediencia.

Pidiendo á mi Maestra que me enseñase á hacer oracion, de la cual tenia

grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa á la edad de veintitres años, no supiese hacerla, pero despues de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez: «Id á colocaros delante de Nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor.» Hubiera yo querido la explicacion de lo que me decía por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo: «Ven, que yo te lo enseñaré.»

Y tan pronto como fui á la oracion, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual queria trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio hasta la consumacion; que los imprimiria en mi alma despues de haberla purificado de todas las manchas, que le quedaban, sea de aficion á las cosas terrenas, sea de amor á mi misma ó á

las criaturas, hácia las cuales tenia mi natural complaciente demasiada inclinacion.

Me despojó en un momento de todo, y despues de haber dejado mi corazon vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguia, que no hallaba tiempo, sino para pensar en cómo podría amarle crucificándome: y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

Aunque nada ocultaba á mi Maestra, tenia, sin embargo, el designio de dar más latitud de lo que era su intencion á sus permisos, respecto á las penitencias. Y habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me reprendió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver á intentarlo.

Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: «Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar a Dios, traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?»

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome Él la misericordia de aguijonearme continuamente para que llegase a esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dió á conocer mi divino Maestro que este era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí, y me imponían una doble obligación: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, á la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan

excesivas fueron estas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí, y me volvían incapaz de hacer cosa alguna.

Hundíame esto en tal abismo de confusión, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser este el espíritu de las hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirían, si no me apartaba de todo.

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolación, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fué inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oración y de aprender á hacerla, y que á pesar de todos mis esfuerzos me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precisión de volver siempre al de mi divino Maes-

tro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacía trabajar durante la oración. Después de lo cual, iba á pedir permiso para volver á empezarla, y mi Maestra me corregía ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacía, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolación de mi alma, antes bien los sentía ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir á los puntos de la meditación por la mañana, y salir, después de oídos, á barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada esta, se me pedía cuenta de mi oración, ó más bien de la que en mí, y por mí hacía mi soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la de obedecer, en lo cual sentía un placer sumo, por grandes que

fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

«Cuanto más contradicciones
Encuentre mi casto amor,
Tanto más crece la llama,
Que el Bien único encendió.
Que me allijan noche y día,
No me robarán mi Dios;
Cuanto es más grande el tormento,
Más me une á su Corazón.»

Tenia un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentía vivamente mi sensibilidad natural. Mi divino Maestro me apretaba sin cesar á que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes, pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponían otras no esperadas, y tan opuestas á mis inclinaciones, que me veía obligada en el violento esfuerzo, que debía hacerme, á decir á mi buen Maestro: «¡Ay de mí! venid en mi ayuda, ya que vos sois la causa.» Y Él lo hacía diciéndome: «Reconoce, pues, que nada puedes sin

»mí; yo no dejaré nunca de socorrerte,
»con tal que tengas siempre tu nada y
»tu debilidad abismadas en mi fortaleza.»

No hablaré, sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior á mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa. Es una cosa, hácia la cual tenía toda mi familia una aversion natural tan grande, que al firmar el contrato de recepcion, exigió mi hermano que no se me obligara jamás á hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente. Pues en eso me fué preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabia ya qué resolucion tomar, tanto más, cuanto me parecia mil veces más fácil sacrificar mi propia vida, y si no hubiera amado mi vocación más que mi existencia, habria entónces preferido abandonarla, ántes de resolverme á ejecu-

tar lo exigido. Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano queria este sacrificio, del cual dependian otros muchos. Tres dias estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasion, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocia desde luego la obligacion de hacer lo que me decia, y despues me faltaba el valor. Me moria de pena de no poder vencer mi natural repugnancia y le decia: «¡Miserable de mí, que no me quitarais la vida, ántes que permitirme faltar á la obediencia!» Al oirlo me rechazó: «Id, dice, no sois digna de practicarla, y ahora os prohibo hacer lo que os mandaba.» Esto me bastó. Desde luego dije: «Es necesario morir ó vencer.» Me fui ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permaneci unas tres ó cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí! ¿me habeis abandonado, Dios mio? Y bien ¿ha de ha-

»ber aún reserva alguna en mi sacrificio, y no ha de ser del todo consumido en perfecto holocausto?» Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de mi amor hacia Él, como despues me lo ha manifestado, se complacia en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolacion ni otras armas, que las palabras siguientes: «Nada ha de negarse al amor,» fui á arrojarme de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí habia deseado. Finalmente lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debia hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

Despues de este sacrificio fué cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo

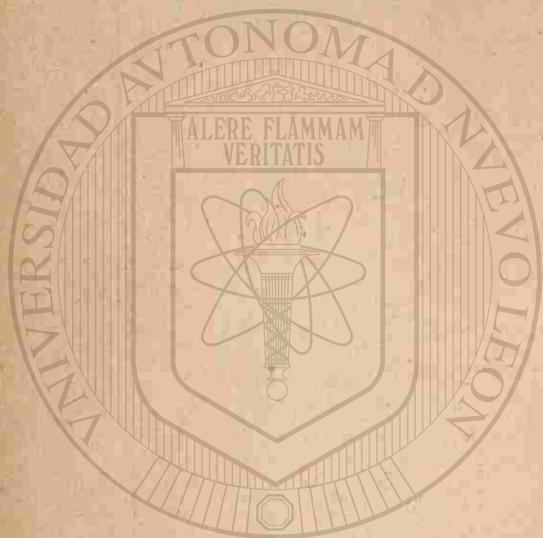
inundaron mi alma, que me veia obligada á decir con frecuencia: «Suspended, Dios mio, este torrente que me anega, ó dilatad mi corazon para recibirlo.» Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podria convenientemente explicarlas.

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi Profesion, diciéndome que se veia claramente que no era á propósito para adquirir el espíritu de la Visitacion, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas á la ilusion y al engaño. Representé al instante á mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Señor, Señor mio, la causa de que se me despida?» A lo cual me respondió: «Dí á tu Superiora que no hay razon para temer el recibirte, pues yo respondo por tí, y seré tu fiador si me juzga capaz de serlo.» Habiendo dado cuenta de esto á mi Superiora, me or-

denó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil á la santa religion por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad: «Y bien, »hija mia, todo eso te concedo, pues te »haré más útil á la religion de lo que »ella piensa; pero de una manera, que »aún no es conocida sino por mí: y en »adelante adaptaré mis gracias al espíritu de la regla, á la voluntad de tus »Superioras y á tu debilidad, de suerte, que has de tener por sospechoso »cuanto te separe de la práctica exacta »de la regla, la cual quiero que prefieras á todo. Además, me contento de »que antepongas á la mia la voluntad »de tus Superioras, cuando te prohiban »ejecutar lo que te hubiere mandado. »Déjales hacer cuanto quisieren de tí: »yo sabré hallar el medio de cumplir »mis designios, áun por vías que parezcan opuestas y contrarias. No me »reservo sino el dirigir tu interior y

»especialmente tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi amor puro, jamás le cederé á ningun otro.» Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente se manifestaron, que no podían dudar de que procediesen de la verdad mis palabras; pues ni sentía turbación alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa, sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servían de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba, y mirábalas como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer á la divina justicia.





IV

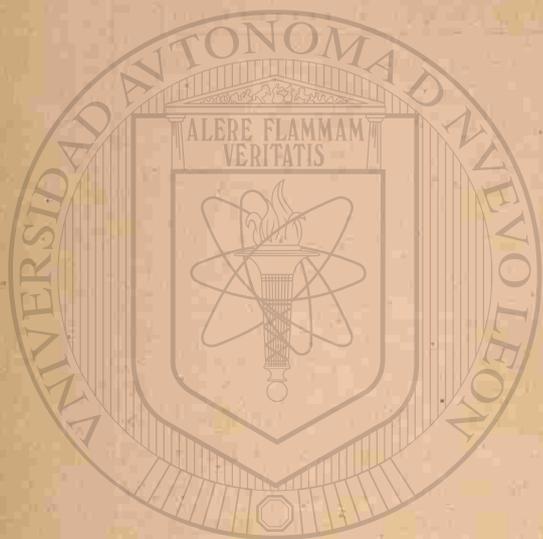
PROFESION.—PRIMERAS MANIFESTACIONES
DEL CORAZÓN DIVINO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IV

CONSEGUIDO el tan deseado bien de la santa Profesión, en el día mismo que la hice quiso mi divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario. Pero Él

me dijo: «Déjame hacer cada cosa á
 »su tiempo, pues quiero que seas aho-
 »ra el entretenimiento de mi amor, el
 »cual desea divertirse contigo á su pla-
 »cer, como lo hacen los niños con sus
 »muñecos. Es menester que te aban-
 »dones así sin otras miras ni resisten-
 »cia alguna, dejándome hallar mi con-
 »tento á tus expensas; pero nada per-
 »derás en ello.» Me prometió no ale-
 »jarse de mí jamás, diciéndome: «Está
 »siempre pronta y dispuesta á recibir-
 »me, porque quiero en adelante hacer
 »en tí mi morada, para conversar y en-
 »tretenerme contigo.»

Desde este momento me favoreció
 con su divina presencia; pero de un
 modo, cual no lo habia experimentado
 hasta entónces, pues nunca habia reci-
 bido una gracia tan grande, á juzgar
 por los efectos obrados siempre en mí
 desde este día. Le veía, le sentía cer-
 ca de mí y le oía mucho mejor que
 con los sentidos corporales, mediante

los cuales hubiera podido distraerme
 para desviarme de Él; pero á esto no
 podia poner obstáculo alguno, no te-
 niendo en ello ninguna participacion.
 Me infundió un anonadamiento tan pro-
 fundo, que me sentí súbitamente como
 caída y perdida en el abismo de mi
 nada, del que no he podido ya salir
 por respeto y homenaje á esta infinita
 grandeza, ante la cual queria estar
 siempre postrada con el rostro en tier-
 ra ó de rodillas. Hasta ahora lo he he-
 cho, en cuanto mis ocupaciones y de-
 bilidad han podido permitirmelo, pues
 Él no me dejaba reposar en una pos-
 tura ménos respetuosa, y no me atre-
 vía á sentarme, á no ser cuando me halla-
 ba en presencia de alguna persona,
 por la consideracion de mi indignidad,
 la cual Él me hacia ver tan grande, que
 no osaba presentarme á nadie sino con
 extraña confusion, y deseando que no
 se acordasen de mí, sino para despre-
 ciarme, humillarme é injuriarme, por-

que sólo eso merecía. Gozaba tanto este único amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgulloso, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en las ocasiones de contradicción, de humillación y de abyección. Eran estas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido Él que me faltase, ni jamás me decía: «Basta». Antes al contrario, suplía Él mismo la falta de parte de las criaturas ó de mí misma; pero ¡Dios mio! era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclábais vos en ello, y sería demasiado larga mi explicación.

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo ó un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único, otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos, que producía esto en mí. Diré solamente que me hizo ver en Él dos santidades, la una

de amor y la otra de justicia; ambas rigurosísimas á su manera, y ambas se ejercerían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, á las cuales permitiría dirigirse á mí, según su beneplácito. Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haría sentir todo el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y «particularmente, me dijo, »de las almas que me están consagradas, por cuya causa te haré ver y sentir de aquí en adelante lo que te convendrá sufrir por mi amor.» Mas Vos, Dios mio, que conocéis mi ignorancia é impotencia para explicar cuanto ha pasado después entre vuestra soberana Majestad y vuestra miserable é indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir

algo de lo más inteligible y sensible, y capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable é indigno.

Mas como nada ocultaba á mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me affigió mucho y fué causa de no dejar género de resistencia, que no hiciese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu habia adquirido tal imperio sobre el mio, que no podia ya disponer de este, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenia absortas en Él. Me esforzaba cuanto podia por seguir el método de oracion, que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu. Por más que leia los puntos de mi oracion se desvanecía todo,

y no me era posible entender, ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi divino Maestro. Esto me hacia sufrir mucho, porque se destruian en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo, se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatia contra Él con todas mis fuerzas para sustraerme á su poder, que hacia inútil el mio.

Quejábame á Él diciéndole: «Y bien, mi soberano Maestro, ¿por qué no me dejais en el camino ordinario de las hijas de Santa Maria? ¿Me habeis traído á vuestra santa casa para perderme? Dad esas gracias extraordinarias á las almas escogidas, las cuales sabrán corresponderos y glorificaros mejor que yo, que sólo sé resistiros. No quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser una buena religiosa, que es todo cuanto deseo.» Y Él me respondió: «Comba-

»tamos, hija mia, lo admito gustoso, y
 »veremos quién conseguirá la victoria,
 »si el Criador ó la criatura, la fuerza ó
 »la debilidad, la Omnipotencia ó la im-
 »potencia; pero el que sea vencedor, lo
 »será para siempre.» Púsome esto en
 una confusion extrema, durante la cual
 me dijo: «Sabe que no me has ofendido
 »con esas luchas y oposiciones que me
 »has hecho por obediencia, por la cual
 »di mi vida; pero quiero enseñarte que
 »soy el dueño absoluto de mis dones
 »y de mis criaturas, y que nada po-
 »drá impedirme cumplir mis designios.
 »Por lo cual no sólo quiero que hagas
 »cuanto te manden tus Superiores, sino
 »más aún, que nada hagas, de cuanto
 »yo te ordenare, sin su consentimiento;
 »porque amo la obediencia y sin ella no
 »se me puede agradar.» Quedó con
 esto complacida mi Superiora y me or-
 denó abandonarme en brazos del divino
 poder, lo cual hice con grande gozo, y
 sintiendo súbitamente paz en mi alma,

que estaba sufriendo una tiranía cruel.

Me pidió, despues de comulgar, que
 le reiterase el sacrificio ofrecido ya, de
 mi libertad y de todo mi ser; lo hice
 con toda mi alma diciéndole: «Con tal
 »que no hagais, mi Soberano Maes-
 »tro, aparecer nunca en mí nada de
 »extraordinario, á no ser lo que pueda
 »causarme mayor humillacion y des-
 »precio delante de las criaturas y des-
 »truirme en su estimacion; pues, ¡ay
 »de mí! conozco, Dios mio, mi flaqueza,
 »temo haceros traicion y que no estén
 »seguros en mí vuestros dones.»—
 «Nada temas, hija mia, me dijo, todo
 »lo arreglaré, porque yo mismo seré el
 »custodio y te haré impotente para re-
 »sistirme.»—«¿Y qué, Dios mio, me
 »dejareis vivir siempre sin sufrir?»

Se me mostró inmediatamente una
 gran cruz, cuya extremidad no podia
 ver; pero toda ella estaba cubierta de
 flores: «He ahí el lecho de mis castas
 »esposas, me dijo, donde te haré gustar

»las delicias de mi amor: poco á poco
»irán cayendo esas flores, y sólo te
»quedarán las espinas, ocultas ahora á
»causa de tu flaqueza, las cuales te ha-
»rán sentir tan vivamente sus punza-
»das, que tendrás necesidad de toda
»la fuerza de mi amor para soportar el
»sufrimiento.» Regocijéronme en ex-
tremo estas palabras, pensando que no
habría jamás penas, humillaciones, ni
desprecios suficientes á extinguir mi
ardiente sed de padecer, ni podría ha-
llar yo mayor sufrimiento que la pena
de no sufrir lo bastante, pues no deja-
ba de estimularme su amor de día ni
de noche. Pero me afligian las dulzuras:
deseaba la cruz sin mezcla, y habria
querido por esto ver siempre mi cuer-
po agobiado por las austeridades y el
trabajo. Tomaba de éste cuanto mis
fuerzas podian soportar, porque no me
era posible vivir un instante sin sufri-
miento. Cuanto más sufría, más con-
tentaba á la santidad de amor, la cual

habia encendido en mi corazon tres de-
seos, que me atormentaban incesante-
mente: el uno de sufrir, el otro de
amarle y comulgar, el tercero de morir
para unirme con Él.

No me cuidaba ya de tiempos ni de
lugares, desde que me acompañaba á
todas partes mi Soberano. Me hallaba
indiferente para todas las disposiciones,
que acerca de mí pudieran tomarse: el
estar bien segura de que Él se habia
entregado á mí sin mérito alguno de
mi parte y sólo por su pura bondad, y
por consiguiente nadie podria quitár-
melo, me hacia vivir contenta en todas
partes. Experimenté esto, cuando se
me obligó á hacer los ejercicios de mi
profesion guardando en el jardín una
asnila con su pollino, los cuales no
poco ejercitaban mi paciencia, porque
no se me permitia atarla, y se queria
que la retuviese en un pequeño ángulo
antes señalado, por temor de que no
causaran daño alguno, y no hacian sino

correr. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Angelus* de la tarde, que iba á cenar, y aún despues volvía al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darle su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupacion, que no me sentiria inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedian cuantas carreras me era preciso dar. Pues allí fué donde recibí tan grandes favores, cual nunca los habia experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dió conocimientos acerca del misterio de su sagrada Pasion y muerte. Pero su descripcion es un abismo, y la suprimo por no hacerme interminable. Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasion, y morir con el Soberano de mi alma,

agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios. Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias á su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. Él ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos á su paladar, que jamás dice: «Basta.»

Una vez me dió esta leccion mi divino Maestro con motivo de una falta cometida por mí: «Sabe, me dijo, que »soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la »más pequeña mancha. Por lo tanto, es »preciso que andes en mi presencia con »simplicidad de corazon é intencion recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré á conocer que, si »el exceso de mi amor me ha movido »á ser tu Maestro para enseñarte y formarte á mi manera y segun mis designios, no puedo soportar las almas ti-

»bias y cobardes, y que, si soy manso para sufrir tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir tus infidelidades.»

Bien me lo ha hecho experimentar durante toda mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad ó de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre según su infinita bondad y misericordia. Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparación nada me parecían los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente á pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

Lo que más severamente me reprendía, era las faltas de respeto y atención delante del Santísimo Sacramen-

to, en particular en las horas de oración y del Oficio divino, las de rectitud y pureza de intención en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y humildad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea á los superiores, ya á las reglas: la menor réplica á los Superiores con señales de repugnancia le es insoportable en un alma religiosa. «Te engañas, me decía, »creyendo que puedes agradarme con »esa clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, »hecha ya su elección, más bien que »someterse, consigue doblegar la voluntad de las Superiores. ¡Oh! sabe »que rechazo todo eso como fruto corrompido por el propio querer, el cual »en un alma religiosa me causa horror; »y me gustaría más verla gozando de »todas sus pequeñas comodidades por

»obediencia, que martirizándose con
 »austeridades y ayunos por voluntad
 »propia.» Y así cuando me ocurre ha-
 cer una de esas mortificaciones y pe-
 nitencias por propia eleccion, sin ór-
 den suya ó de mis Superiores, no me
 permite siquiera ofrecérselas, y me cor-
 rige imponiéndome la pena, como lo
 hace con las demás faltas, cada una de
 las cuales tiene la suya particular en
 este purgatorio, en que me purifica
 para hacerme ménos indigna de su
 divina presencia, comunicacion y ope-
 raciones; pues Él es quien todo lo
 hace en mí.

Un día que tomaba disciplina, al
 terminar el *Ave maris stella*, que era
 el tiempo concedido para esto, me dijo:
 «He ahí mi parte,» y prosiguiendo yo,
 «He ahí la del demonio—añadió—lo
 »que haces ahora:» Lo cual me hizo ce-
 sar al momento. Otra vez, tomándola
 por las almas del Purgatorio, desde el
 instante en que quise traspasar los lí-

mites permitidos, me rodearon estas
 quejándose de que descargaba sobre
 ellas los golpes. Por esto me resolví á
 morir ántes de traspasar, por poco que
 fuera, los límites de la obediencia; pues,
 despues de todo, me obligaba á hacer
 penitencia por ello. Pero nada encon-
 traba difícil, porque todavia en esa
 época tenia Él anegado en las dulzuras
 de su amor, todo el rigor de mis penas
 y sufrimientos. Pedíale con frecuencia
 que apartara de mí tales dulzuras, para
 dejarme gustar con placer las amargu-
 ras de sus angustias, abandonos, ago-
 nias, oprobios y demás tormentos; mas
 respondiame que debia someterme con
 indiferencia á todas sus varias disposi-
 ciones y nunca dictarle leyes: «Yo te
 »haré comprender en adelante que soy
 »un sabio y prudente Director, y sé
 »conducir sin peligro las almas, cuan-
 »do se abandonan á mí, olvidándose
 »de sí mismas.»

Un día, que me hallaba un poco más

libre, pues las ocupaciones de la obediencia apenas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento, me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné á este Espíritu entregando mi corazón á la fuerza de su amor. Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazon Sagrado, que hasta entónces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que, á juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, á pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

Él me dijo: «Mi divino Corazon está

»tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no
 »pudiendo ya contener en sí mismo las
 »llamas de su caridad ardiente, le es
 »preciso comunicarlas por tu medio, y
 »manifestarse á todos para enriquecer-
 »los con los preciosos tesoros, que te
 »descubro, y los cuales contienen las
 »gracias santificantes y saludables ne-
 »cesarias para separarles del abismo de
 »perdicion. Te he elegido como un
 »abismo de indignidad y de ignorancia,
 »á fin de que sea todo obra mía.»

Me pidió despues el corazon, y yo le supliqué que le tomase. Le cogió é introdujo en su Corazon adorable, en el cual me le mostró como un pequeño átomo, que se consumia en aquel horno encendido. Le sacó de allí cual si fuera un allama ardiente en forma de corazon, y volvióle á poner en el sitio de donde le había cogido, diciéndome: «He ahí,
 »mi muy amada, una preciosa prenda
 »de mi amor, el cual encierra en tu pe-

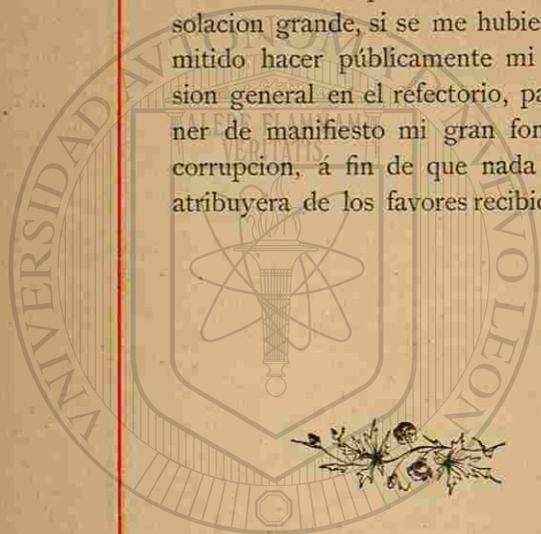
»cho una pequeña centella de sus vivas
 »llamas para que te sirva de corazón, y
 »te consume hasta el postrer momen-
 »to. No se extinguirá su ardor, ni podrá
 »encontrar refrigerio á no ser algun tan-
 »to en la sangría, cuya sangre marcaré
 »de tal modo con mi cruz, que en vez
 »de alivio te servirá de humillacion y
 »sufrimiento. Por esto quiero que la pi-
 »das con sencillez, ya para cumplir la
 »regla, ya para darte el consuelo de
 »derramar tu sangre sobre la cruz de
 »las humillaciones. Y por señal de no
 »ser pura imaginacion la grande gracia,
 »que acabo de concederte, y sí el fun-
 »damento de todas las que te he de
 »hacer aún, te quedará para siempre el
 »dolor de tu costado, aunque he cerra-
 »do yo mismo la llaga; y si tú no te
 »has dado hasta el presente otro nom-
 »bre que el de *mi esclava*, yo te doy
 »desde ahora el de *discípula muy que-
 »rida de mi Sagrado Corazon.*»

Despues de un favor tan grande, y

que duró por tan largo espacio de tiem-
 po sin saber si estaba en el cielo ó en
 la tierra, quedé por muchos dias como
 abrasada toda y embriagada y tan fue-
 ra de mí, que no podía reponerme para
 hablar, sino haciéndome violencia; y era
 tanto lo que me necesitaba violentar
 para recrearme y comer, que llegaba al
 extremo de agotar mis fuerzas para
 sobreponerme á la pena, causándome
 esto una humillacion profunda. Tam-
 poco podia dormir, porque la llaga, cu-
 yo dolor me es tan grato, engendra en
 mí tan vivos ardores, que me consume
 y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios, que en
 mí sentia, que no me era posible expli-
 cárselo á mi Superiora, como lo habria
 deseado y hecho, no obstante la pena
 y confusion que me causan semejantes
 favores, cuando los refiero, por mi
 grande indignidad, la cual me obligaria
 á elegir ántes mil veces el publicar mis
 pecados en presencia de todo el mun-

do. Y hubiera experimentado una consolacion grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesion general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupcion, á fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.



V

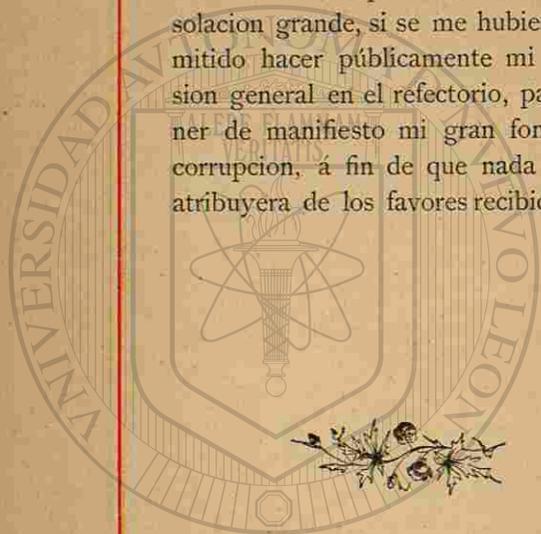
LA VÍCTIMA PREPARADA POR EL AMOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



do. Y hubiera experimentado una consolacion grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesion general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupcion, á fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.



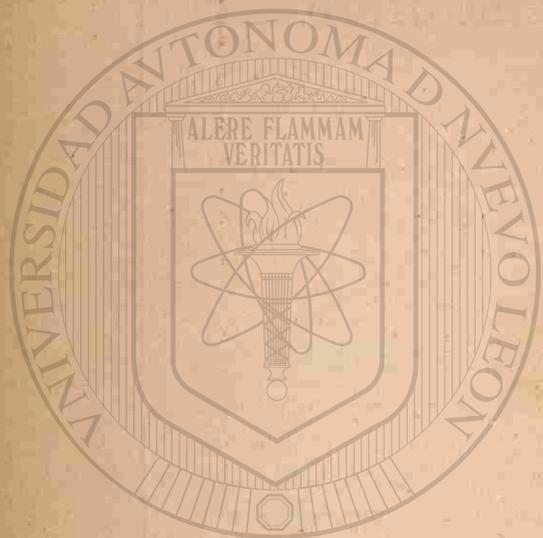
V

LA VÍCTIMA PREPARADA POR EL AMOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



V



A gracia, de que acabo de hablar con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viernes de mes en esta forma. Se me representaba el Sagrado Corazon como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caian á plomo sobre mi corazon, el cual se sentia al instante abrasado con tan vivo fuego, que parecía me iba á reducir á cenizas. Estos eran los momentos

particularmente elegidos por el Maestro divino para manifestarme lo que quería de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazon.

Una vez entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, despues de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salian llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecia un horno. Abrióse este y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazon, que era el vivo foco de donde procedian semejantes llamas.

Entónces fué cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso, á que le habia conducido el amar á los hombres, de los

cuales no recibia sino ingraticudes y desprecios. «Esto, me dijo, me es »mucho más sensible, que cuanto he »sufrido en mi pasion: tanto, que si »me devolvieran algun amor en retorno, estimaria en poco todo lo que »por ellos hice, y queria hacer aún »más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder á mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad »y repulsas. Mas tú, al ménos, dame »el placer de suplir su ingraticud, en »cuanto puedas ser capaz de hacerlo.» Y manifestándole mi impotencia, me respondió: «Toma, ahí tienes con qué »suplir todo cuanto te falta.» Y al mismo tiempo se abrió el divino Corazon, y salió de él una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella, y no podia ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasion de mi flaqueza.

«Yo seré, me dijo, tu fuerza, nada »temas; pero sé atenta á mi voz, y á

»cuanto te pido para disponerte al
 »cumplimiento de mis designios. Pri-
 »meramente, me recibirás sacramen-
 »tado, siempre que te lo permita la
 »obediencia, sean cuales fueren las
 »mortificaciones y humillaciones, que
 »vengan sobre ti, las cuales debes
 »aceptar como gajes de mi amor.
 »Tambien comulgarás todos los pri-
 »meros viérnes de cada mes, y todas
 »las noches del juéves al viérnes te
 »haré participante de la tristeza mor-
 »tal, que tuve á bien sentir en el
 »Huerto de las Olivas. Esta tristeza te
 »reducirá, sin poder tú comprenderlo,
 »á una especie de agonía más dura de
 »soportar, que la muerte. A fin de
 »acompañarme en la humilde oracion,
 »que hice entonces á mi Padre en me-
 »dio de todas mis angustias, te levan-
 »tarás entre once y doce de la noche
 »para postrarte conmigo, durante una
 »hora, la faz en tierra, ya para calmar
 »la cólera divina pidiendo misericordia

»por los pecadores, ya para dulcificar
 »de algun modo la amargura, que sen-
 »tí en el abandono de mis apóstoles,
 »la cual me obligó á echarles en cara
 »que no habian podido velar una hora
 »conmigo; y durante esta hora harás lo
 »que te enseñare. Mas oye, hija mia,
 »no creas ligeramente á todo espíritu,
 »y no te fies, porque Satanás rabia por
 »engañarte. He aquí por qué no has de
 »hacer nada sin la aprobacion de los
 »que te guian, á fin de que teniendo
 »el permiso de la obediencia, no pue-
 »da seducirte; pues no tiene poder al-
 »guno sobre los obedientes.»

Durante todo este tiempo, ni tenia
 conciencia de mí misma, ni aún sabia
 dónde estaba. Cuando vinieron á sa-
 carme de allí, viendo que no podia ha-
 blar, ni aún sostenerme sino á duras
 penas, me condujeron á nuestra Madre,
 la cual viéndome como enajenada, ar-
 diendo toda, temblorosa y arrodillada
 á sus pies, me mortificó y humilló con

todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increíbles. Pues me creía hasta tal punto criminal, y tan llena de confusión estaba, que cualquier riguroso tratamiento, a que se hubiera podido someterme, me habría parecido demasiado suave. Después de haberla referido, aunque con extrema confusión, cuanto había pasado, recargó la dosis de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creía que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo la había dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego, que me devoraba, me produjo desde luego una fiebre grande y continua; pero tenía demasiado placer en sufrir para quejarme, ó decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenía la fiebre hacia ya largo tiempo, y aun sufrí después más de sesenta accesos. Ja-

más experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algun tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutria ni animaba este fuego devorador sino con la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar á la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio, que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las tres Personas de la adorable Trinidad, é hicieron sentir grandes consolaciones á mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entonces, diré solamente que, á mi parecer, el Eterno Padre presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasion, me dijo: «Toma, »hija mia, te hago el mismo presente

»que á mi muy amado Hijo.» «Y yo, »añadió mi Señor Jesucristo, te clavaré »en ella como lo fui yo mismo, y te »haré fiel compañía.» La tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que »Él, que no era más que amor, me con- »sumiría allí purificándome.» Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresion hecha en ella por las divinas Personas. Se me representaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entónces, como lo he comprendido despues, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

Como se me ordenó pedir á Nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oída. Pero se me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conocería claramente si, lo que en mí pasaba, venía del Espíritu de Dios, y según esto se me permitiría despues

hacer cuanto Él me habia mandado, ya con respecto á la comunión de los primeros viérnes de mes, ya en cuanto á la hora de vela en la noche del juéves al viérnes, como Él deseaba. Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud. Pues me recreó con su presencia la Santísima Vírgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y despues de una visita bastante prolongada, me dijo: «Anímate, mi querida hija, con la »salud, que te doy de parte de mi divi- »no Hijo, porque aún te resta que andar un camino largo y penoso, siempre sobre la cruz, traspasada por los »clavos y las espinas y desgarrada »por los azotes; pero no temas, no te »abandonaré, te prometo, mi protección.» Promesa, cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades, que de ella he tenido despues.

Mi soberano Señor continuaba re-

creándome con su presencia actual y sensible, según me había prometido hacerlo siempre, como arriba dije; y en efecto, jamás me privó de ella por culpas, que cometiese. Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar hasta la más ligera imperfección, no podía yo soportar ninguna, en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia ó de negligencia. Como por otra parte soy tan imperfecta y miserable, que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el parecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio, al cual no me entregase ántes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa. Me sería mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

En cierta ocasión me dejé llevar de algún movimiento de vanidad hablan-

do de mí misma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos Él y yo, con un semblante severo me reprendió diciéndome: «¿Qué tienes tú, polvo y ceniza para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada? Y para, que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que eres, voy á poner ese cuadro ante tus ojos.» Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa, y tal horror de mí misma, que á no haberme Él sostenido, hubiera quedado pasmada de dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soporarme aún, viendo que no podía yo su-

firme á mi misma. Tal era el suplicio, que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba á veces á decirle: «¡Ay de mí! Dios mio, ó haced que muera, ú ocultadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirándole.» Porque producía en mí impresiones de insoportable dolor, de odio y de venganza contra mí misma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores, que me inspiraba, sufría lo indecible.

Mas como sabia que el soberano dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenía un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia, pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrigerio al lado de la que me imponía. Él mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenía por lo más puro y perfecto. Me lo dió á conocer un día

de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fué dicho:

«En la inocencia no hay manchado nada;
 «Nada hay perdido en manos del Señor;
 «Nada se muda en la feliz morada;
 «Todo allí se consuma en el amor.»

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la explicacion, que recibí sobre estas palabras: «En la inocencia nada hay manchado,» es decir, que no debía tolerar mancha alguna ni en mi alma, ni en mi corazón. «Nada hay perdido en manos del Señor,» es decir, que todo debía dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podía perder entregándoselo todo. En cuanto á los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque todo allí es eterno, y se consuma en el amor. Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué trasportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida! Estaba en ejercicios y pasaba todo el

« día en estos placeres inexplicables, á cuya vista me parecía no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente á gozarlos. Pero me manifestaron que había echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

« En vano así tu corazón suspira
 « Por ir, cual crees, á la eterna luz;
 « Que nunca debe, quien al cielo aspira,
 « Buscar otro camino que la cruz. »

A continuación de esto, puso ante mis ojos todo cuanto tenía yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entonces por la pintura, como lo he comprendido después por los efectos, que se siguieron.

Preparábame para hacer mi confesión anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi divino Maestro me dijo: « ¿Por qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder, y yo supliré lo demás que te falte. Pues nada pido tanto en este Sacramento, como un corazón contrito y humilla-

« do, que con voluntad sincera de no
 « desagradarme más se acuse sin do-
 « blez. Entonces perdono sin tardanza,
 « y se sigue de ahí una perfecta en-
 « mienda. »

Este Espíritu soberano, que obraba en mí independientemente de mí misma, había adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aún corporal, que no dependía de mí mover en mi corazón afecto alguno de gozo ó de tristeza, sino como á Él le agradaba, ni tampoco dar ocupación á mi espíritu, pues no podía tener otra distinta de la que Él le proponía. Esto me ha hecho estar siempre con un extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas, que me guiaban, es decir mis Superiores; pues no me habían dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo y aprobarla ó desaprobárla con

plena libertad. Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme del engaño, en que creía efectivamente hallarme, me engolfaban aún más, tanto mis confesores, como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por Él, y que, aún cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creía, no debía dejar de seguir sus impulsos.

Hice, pues, mi confesion anual, y terminada me parecía ver y sentirme despojar de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibía estas palabras: «He aquí
 »la estola de la inocencia, con la cual
 »revisto tu alma, á fin de que no viva
 »sino con la vida de un Hombre-Dios,
 »es decir, que vivas como si no vivie-
 »ses, dejándome vivir en ti, porque soy
 »tu vida y no vivirás sino en mí y por
 »mí. Quiero que obres como si no
 »obrases, dejándome obrar en ti y por

»ti, abandonándome el cuidado de
 »todo. No debes tener voluntad ó de-
 »bes conducirte como si no la tuvieras,
 »dejándome querer por ti en todo y
 »en todas partes.»

Una vez se me presentó este único amor de mi alma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimacion de las criaturas, y otras cosas agradables á la naturaleza. En la otra mano traía otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Púsome delante las dos vidas y me dijo: «Elige, hija mia, la
 »que más te agradare; yo te haré los
 »mismos favores, ora elijas una, ora la
 »otra.» Me postré á sus pies para ado-

rarle y le dije: «¡Oh Señor mio! nada
 »quiero sino a Vos mismo y la elec-
 »cion, que Vos hagais para mí.» Y des-
 »pues de haberme instado mucho para
 »que eligiese: «Vos me bastais, Dios
 »mio, añadí; elegid para mí, la que
 »más haya de glorificaros, sin mira-
 »miento alguno á mis intereses y sa-
 »tisfacciones. Contentaos Vos mismo
 »y esto me basta.»

Entónces me dijo que habia elegido
 con Magdalena la mejor parte, y ja-
 más me seria arrebatada, porque Él
 seria para siempre mi herencia. Y pre-
 sentándome el cuadro de la crucifixion:
 «He ahí, me dijo, el que he elegido
 »para ti y el que más me agrada, ya
 »para el cumplimiento de mis desig-
 »nios, ya para hacerte semejante á mí.
 »El otro es el de una vida de gozos y
 »no de méritos: es para la eternidad.»
 Acepté, pues, aquel cuadro de muerte
 y de crucifixion, besando la mano que
 me le alargaba. Aunque gimió la na-

turalidad, le abracé con todo el afecto
 de que era capaz mi corazón, y al
 apretarlo contra mi pecho, le sentí im-
 preso en mí con tal viveza, que no me
 parecia ser yo misma otra cosa, sino
 un compuesto de todo cuanto en él
 habia visto representado.

De tal modo me encontré cambiada
 en la disposicion de mi espíritu, que no
 me conocia. Dejé, sin embargo, el juicio
 de todo á mi Superiora, á quien nada
 podia ocultar, ni tampoco omitir cosa
 alguna de cuantas me mandaba, con
 tal que me viniese ordenado inmedia-
 tamente por ella. Pues el Espíritu, que
 me poseia, me hacia sentir repugnancias
 espantosas, cuando en semejantes
 casos queria guiarme por el consejo de
 otras, porque me habia prometido dar
 siempre á la Superiora la luz necesaria
 para guiarme segun sus designios. ®

Las mayores gracias y los favores
 inexplicables de su bondad, los recibia
 en la santa Comunion y durante la no-

che, especialmente en la del jueves al viernes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás había pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones y abandonos como el oro en el crisol, y Él se lo había concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no quería que me diese jamás pena alguna en semejante materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le había querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto á todas las otras tentaciones debía estar muy prevenida, especialmente contra las de orgullo, desesperacion y gula, á la cual tenia yo más horror que á la muerte. Me aseguró, sin embargo, que nada debía temer, porque Él estaria como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiría por mí, me circundaría con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haría Él mismo el

precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior Él se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de ti, »; oh maldita! y si consigo tenerte una vez en mis manos, te daré bien á conocer lo que sé obrar; yo te dañaré en todo.» Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo; ¡tan fortalecida me sentía en mi interior! Me parecia que no habria temido ni á todos los furios del infierno por la grande fuerza, que sentía dentro de mí, debida á la virtud de un pequeño crucifijo, al cual habia dado mi soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furios infernales. Siempre le llevaba

sobre mi corazón de día y de noche, y recibí de él grandes socorros.

Se me asignó por ocupación la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fué preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Este me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y después se burlaba de mí riéndose á veces en mi misma cara. «¡Oh, la torpe! me decía, jamás harás cosa de provecho.» Esto me ponía en tal tristeza y abatimiento, que no sabía qué hacerme. Pues con frecuencia me quitaba el poder de decírselo á nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que este se derramase, ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuan-

tos lo presenciaron, creyeron que me había roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenía la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser también frecuentemente por Él reprendida y corregida. En cierta ocasión, que quise entrometerme á hablar del matrimonio de una parienta, me dió á conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaría su faz, si volvía á mezclarme en esta clase de asuntos. No podía Él tolerar la menor inmodestia ó falta de respeto en la presencia de mi Maestro soberano, ante el cual le veía postrado en el suelo y quería que yo hiciese lo mismo. Lo hacía así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura más agradable á mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme á mi nada. Jamás perdía esta de vista y me sentía en ella

abismada, ya me hallase entre penas ó entre goces, sin que en estos pudiera gustar de placer alguno.

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podía hallar reposo más dulce, que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podía dejarme sin penas ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuía este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificación, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso. No quería mi soberano Maestro que dejase perder en esto ocasion alguna, y si me acontecia perderla, á causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacia pagar dobla-

do. Cuando deseaba algo de mí, me constreñía á ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogia por todo lo más opuesto á mi natural y contrario á mis inclinaciones, y quería que avanzase siempre contra la corriente.

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvia el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciéndole: «Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, las inmolaría por sujetarme á vos.» Hallé desde luego tantas delicias en esta accion, que habria deseado encontrar todos los días otras semejantes para aprender á vencerme sin tener otro testigo que Dios. Pero su bondad, á quien únicamente soy deudora de la fuerza,

con que me vencí, no dejó de significarme el placer, que en ello había recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos ó tres horas con la boca pegada á la llaga de su Sagrado Corazon. Me seria muy difícil explicar lo que entónces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazon y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar á conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No queria disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que Él habia tenido á bien sentir en el Huerto de las Olivas, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos. Mas, ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y Él parecia á veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin Él no podia obrar sino lo malo y dar continuas caidas sin poder levantar-

tarme. Entónces el soberano bien de mi alma venia en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendia sus amorosos brazos diciéndome: «Conoces, al fin, » con claridad que nada puedes sin mí. » Con esto me derretia en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentia conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados é infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecia combatir mis ingraticudes. Me las ponía á veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome á la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entónces lo inexplicable. Así se divertía con su indigna esclava este divino amor.

Un día, que habia manifestado algo de la repugnancia que sentia mi corazon, sirviendo á una enferma de disenteria, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi

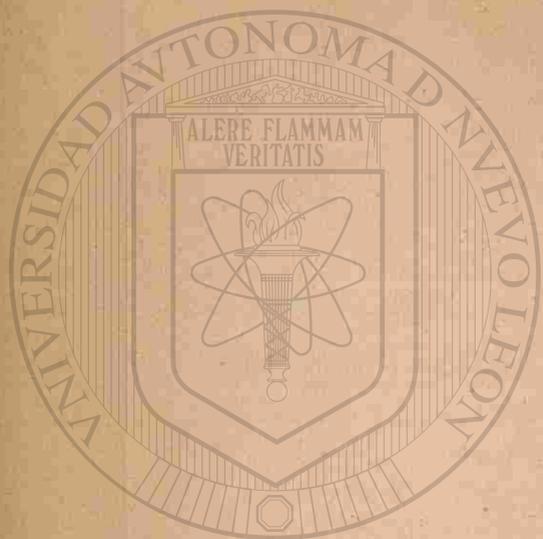
constreñida á... (1). «¡Oh, Señor mio! lo hago para agradaros y ganar vuestro divino Corazon; espero que no me le rehusareis. ¡Mas cuánto no habeis hecho vos, Señor mio, por ganar el de los hombres, y, sin embargo, os le niegan y os arrojan de él con tanta frecuencia!—Es cierto, hija mia, que mi amor me ha hecho sacrificarlo todo por ellos, sin que nada me devuelvan en cambio; pero quiero que suplas su ingratitud con los méritos de mi Sagrado Corazon. Yo te le quiero dar, mas antes es menester que te constituyas su víctima de inmolation, para que por su medio apartes los castigos que la justicia divina de mi Padre, armada de cólera, quiere ejecutar en una comunidad religiosa, á la cual va á reprender y corregir llevado de su justo enojo.» Me la dió á conocer

(1) La delicadeza del mundo no podría soportar la relación, que por obediencia hizo de esto nuestra Beata. Fue necesario que interviniera el mismo Señor para contenerla en el exceso de su mortificación.

al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habian irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entónces, y no tuve valor para ofrecerme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podía hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase á ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; mas Él me perseguia sin tregua y no me dejaba momento de reposo. Yo me deshacia en lágrimas, y al fin me vi obligada á manifestárselo todo á mi Superiora, la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba. Mas, Dios mio, entónces precisamente se redobló aún con mayor violencia mi pena, porque no tenia valor para decir el sí, y perseveraba en mi resistencia.





VI

LA INMOLACIÓN.—EL DIRECTOR

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI



A víspera de la Presentación se me apareció la divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que á San Pablo: «Muy duro te es luchar contra los estímulos de mi justicia; pero, puesto que te has resistido tanto para evitar las humillaciones, que convenia sufrieras en este sacrificio, te las daré duplicadas. No te pe-

» dia sino un sacrificio secreto, ahora le
» quiero público, fuera de todo razona-
» miento humano en cuanto á la mane-
» ra y al tiempo, y acompañado de tan
» humillantes circunstancias, que te ser-
» virán de materia de confusion para el
» resto de tu vida ante ti misma y ante
» las criaturas, á fin de que comprendas
» lo que es resistir á Dios.»

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado: he aquí algunas cosas; pero no todo. Despues de la oracion de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena en un llanto y gemido continuos. Fui á hacer colacion, pues era la víspera de la Presentacion, y yendo, como arrastrada á viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida á llevar á cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba á conocer lo exigia de mí, que me vi precisada

á salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entónces enferma.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veia como una persona ligada de pies y manos, á la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresion de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenia delante de mis ojos á la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignacion, dispuesta á lanzarlos para sepultarme, así me parecía, en las abiertas fauces del infierno, que veia descubierto á mis pies y pronto á devorarme. Sentíame abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta en la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podía decir más que estas palabras: «Dios

«mío, tened piedad de mí, según la grandeza de vuestra misericordia.» Pasaba el tiempo restante gimiendo bajo el peso de mi dolor, sin hallar medio de dirigirme al aposento de mi Superiora hasta eso de las ocho, en que habiéndome encontrado una Hermana me condujo allá.

Grande fué la sorpresa de mi Superiora al verme en semejante disposición; yo no podía explicársela, mas creía, para aumento de mi pena, que bastaba verme para conocerlo, y no era así. La Superiora que sabía no existir otro medio, que gozara de todo poder sobre el espíritu, que me tenía en tal estado, sino la sola obediencia, me mandó referir mi pena. Inmediatamente le dije el sacrificio, que Dios quería hiciese de todo mi ser en presencia de la Comunidad, y el motivo, por el cual me le pedía. No expresaré tal motivo por temor de faltar á la santa caridad y herir al mismo tiem-

po el Corazon de Jesucristo, en el que tiene su origen esta virtud; por lo cual no quiere que se la toque en lo más mínimo bajo cualquier pretexto, que pudiera alegarse.

En fin, despues de decir y hacer cuanto mi Soberano deseaba de mí, se habló y se juzgó sobre esto de diferentes modos; pero dejó todas estas circunstancias á la misericordia de Dios. Creo poder asegurar que nunca habia sufrido tanto: aún cuando hubieran podido reunirse todos los sufrimientos que hasta entónces habia tenido, y todos cuantos he tenido despues, y aún cuando todos ellos juntos hubieran sido continuos hasta la muerte, no los juzgaria comparables á los que padecí esta noche, en la cual quiso Nuestro Señor favorecer á su miserable esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasión, si bien no fué sino una pequeña partecilla. Se me llevó como arrastrada de una parte á otra con espantosa confusion mia.

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos, que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la santa Misa, me pareció oír entónces estas palabras: «En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio, que has llevado á cabo para rendir homenaje al que yo hice en el instante de mi Encarnacion en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por este, á fin de aplicarle en favor de la caridad, como te lo habia mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfaccion de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado á mi disposicion en favor de la caridad. Así, pues, á imitacion mia harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reino de mi Sagrado Corazon en el de los hombres, á los cuales

»quiero manifestársele por tu medio.»

Me dió mi Soberano estas santas instrucciones despues de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentia una paz inalterable con la aceptacion de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que deberia padecer hasta el dia del juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó á mis propios ojos, sino como un objeto de contradiccion y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa veia venir de todas partes á caer sobre mí, sin recibir consolacion alguna ni del cielo, ni de la tierra. Todo parecia conjurarse para anonadarme. Se me hacian continuas preguntas, y las pocas palabras, que en respuesta se me arrancaban como por fuerza, no dejaban de servir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podia ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupacion eran únicamente el perma-

necer postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenía completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedirle misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo, que por entonces tenía, me causaba un tormento insoportable suministrando continuas ocupaciones á mi cuerpo y á mi espíritu; pues, no obstante todas mis penas, no me permitía mi soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, incluso todos los demás deberes y observancia de mis reglas, á los que me sentía arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu, ni vida tenía, sino para conocer y sentir cuanto acaecía que pudiera causarme dolor. Pero nada de

esto me producía el menor movimiento de inquietud, ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducía siempre por la más opuesta á mi natural inmortificado y más contraria á mis inclinaciones.

Se notó que no comía; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora, como mi confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior á mis fuerzas; pero aquel, que no me dejaba faltar á ella en la necesidad, me dió ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me vi obligada á ir despues de la comida á devolver el alimento, que había tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comía, despues de haberseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera.

Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada á ir al refectorio como á un lugar de suplicio, á que me habia condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaban, no podía evadirme de tomar lo que creia más ordinario, como lo más conforme á mi pobreza y á mi nada, las cuales continuamente me decian que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa ú obsesa, y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas aquel, de que me sentia poseída, me estrechaba con mucha más fuerza contra sí diciéndome: «Amo el agua ben-

»dita y quiero tanto á la cruz, que no
 »puedo ménos de unirme estrechamen-
 »te con los que la llevan como yo, y
 »por mi amor.» De tal modo reanima-
 ron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecian todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable, que sentia; aunque creo poder afirmar que no habia parte alguna de mi ser, ni en el cuerpo, ni en el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasion ni consolacion alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiese sucumbido, si en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario, que me sostenia y combatia por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese á mi primer estado. Habíéndome, pues, presentado á Él como

hostia de inmolacion, me dijo: «Sí, hija mía, vengo á ti como soberano sacrificador para darte un vigor nuevo, á fin de inmolarte con nuevos suplicios.» Lo hizo, y me encontré cambiada tan completamente, que me parecia ser una esclava, á la que acabaran de volver á su libertad. Mas no duró esto mucho, porque se comenzó de nuevo á decirme que era el diablo el autor de cuanto pasaba conmigo, y que me conduciría á la perdicion, si no andaba con cuidado con sus astucias é ilusiones.

Fué este un golpe terrible para mí, que toda mi vida habia estado con temor de ser engañada y de engañar á las demás, aunque sin pretenderlo. Me hacia esto derramar muchas lágrimas, porque no podia en manera alguna sustraerme al poder de este Espíritu soberano, que obraba en mí, y por mucho que pudiera esforzarme, era impotente para alejarle de mí, ni impedir sus ope-

raciones. Porque de tal modo se habia apoderado de todas las potencias de mi alma, que me parecia estar en un abismo, donde más hundida me hallaba cuanto mayores esfuerzos hacia para salir. Aunque emplease todos los medios prescritos, todo era en vano.

A veces combatia con tal empeño, que quedaban agotadas todas mis fuerzas; pero mi Soberano se reia de todo esto, y me daba tales seguridades, que disipaba desde luego todos mis temores diciéndome: «Qué tienes que temer entre los brazos del Omnipotente? ¿Podré dejarte perecer entregándote á tus enemigos, despues de haberme constituido en Padre, Maestro y Director tuyo desde tu más tierna infancia, y haberte dado continuas pruebas de la amorosa ternura de mi divino Corazon, en el cual tambien he fijado tu actual y eterna morada? Para mayor seguridad, dime la prueba más convincente, que deseas de mi amor,

»y te la daré. Pero ¿por qué luchas contra mí, siendo yo tu solo, verdadero y único amigo?» Tales reprehensiones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusión tan grandes, que me propuse desde este momento no contribuir jamás de modo alguno á las pruebas, que se hicieran acerca del Espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazón cuanto se quisiera hacer.

Mi Señor y mi Dios, Vos, que sólo conocéis la pena, que sufro en el cumplimiento de esta obediencia, y la violencia, que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusión, que siento al escribir todas estas cosas; concededme la gracia de morir ántes de escribir algo, fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu, y haya de daros á Vos gloria y á mí confusión. Y por piedad, mi soberano Bien, no sea esto leído jamás por persona alguna, sino sólo por aquel, que segun

vuestro beneplácito lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mío, dad esta consolación á vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta á mi súplica: «Abandónalo todo á mi santo beneplácito, y déjame cumplir mis designios sin mezclarte en nada, porque yo tendré cuidado de todo.»

Voy, pues, á continuar por obediencia ¡oh Dios mío! sin otra pretensión que la de contentaros con esta especie de martirio, que sufro escribiendo, pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podais ser así eternamente glorificado! He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida á amar á mi soberano Señor por amor de sí mismo, no queriendo ni deseando sino á Él solo, no me apegaba jamás á sus dones, por grandes que

fuesen respecto á mí, ni los recibía sino porque venían de Él, y fijaba en ellos la menor reflexion posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de El sólo, fuera del cual nada merece mi estimacion. Y así, cuando me fué preciso cumplir esta obediencia, creía serme imposible escribir cosas pasadas hacia ya tanto tiempo; pero Él me ha dado á conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto á colocar en las mismas disposiciones, de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

En medio de mis penas y temores tenía siempre mi corazón en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy léjos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas. Finalmente envió aquí Nuestro Señor al P. La Colombiere, al cual había yo asegurado ya desde el principio, que mi soberano Maestro me prometió, po-

co despues de haberme consagrado á Él, que me enviaria un servidor suyo, á quien queria manifestase segun la inteligencia que sobre ello me daria, todos los secretos de su Sagrado Corazon, que Él me había confiado; pues me le enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazon, las cuales derramaria con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varon, y mientras hablaba á la Comunidad, oí interiormente estas palabras: «He ahí el que te envió.» Lo reconocí al instante en la primera confesion de Témporas, pues sin habernos visto, ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo, y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazón, y viendo él que queria retirarme para no molestar á la Comunidad, me dijo que, si lo tenia á

bien, vendría á verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquivaba tales comunicaciones, á responderle que no pudiendo disponer de mí, haría cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré despues de haber estado allí como hora y media.

Poco tiempo despues volvió, y aunque conocia yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias, cuando me fué preciso ir, y esto fué lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasion de hacer á Dios un sacrificio. Entónces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazón, y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo, como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no habia motivo alguno de temor en la conducta de este Espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y

que debia seguir todas sus inspiraciones abandonándole todo mi ser, para sacrificarme é inmolarme segun su beneplácito.

Admirando el que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó á estimar los dones divinos, á recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar, con que me regalaba, y á dar por ello continuamente gracias á tan grande bondad. Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguia tan de cerca sin excepcion de tiempos, ni lugares, que no podia rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecia con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario, me dijo que no lo volviera á hacer jamás debiendo contentarme con las preces de obligacion, añadiendo el Rosario cuando pudiese. Habiéndole hablado algo acerca

de las caricias especiales y union de amor, que recibía del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenía en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no quería la bondad divina que recibiese consolacion alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicacion me las atrajo en gran número, y aún el mismo Padre tuvo mucho que sufrir por mi causa, porque se hablaba de que quería engañarle con mis ilusiones é inducirle á error como á los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo, que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase tambien como los demás; pues á cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno

de mortificarme y humillarme con gran gusto mio.

Un dia que vino á decir Misa en nuestra iglesia, le hizo nuestro Señor, y á mí tambien, grandísimos favores. Al aproximarme á recibir la sagrada Comunión, me mostró su Sagrado Corazon como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban á unirse y abismarse en él, diciéndome: «Así es como »une para siempre mi puro amor estos »tres corazones.» Y despues me dió á conocer que esta union era exclusivamente para la gloria de su Sagrado Corazon, cuyos tesoros quería descubriese yo al Padre, para que él los diera á conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto quería que fuésemos, como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad, que habia entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre mi-

serable pecadora como yo, me dijo: «Las riquezas infinitas de mi Corazon »suplirán é igualarán todo: háblale sin »temor.»

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir esta y otras varias cosas, que, en cuanto á él se referian, le dije de parte de mi soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones, que hubiera podido oír. Y como le dijese que nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, á las cuales habia yo de distribuir las, sea de palabra ó por escrito, segun Él me diera á conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera ó escribiera, pues Él derramaria allí la uncion de su gracia para producir el efecto, que pretendia en el corazon de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufría mucho por mi repugnancia á escribir y mandar

ciertos billetes á personas, de las cuales me venian grandes humillaciones, me mandó que, aun á pesar de las grandes penas y humillaciones, que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que Él me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara á la Superiora é hiciese despues quanto ella me ordenara. Hicelo así; y no han sido pocas las humillaciones, que por esto he recibido de parte de las criaturas. Me mandó ademas escribir quanto en mí pasaba, á lo cual sentia una mortal repugnancia. Escribia, pues, todo para obedecer y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplia suficientemente la obediencia; pero sufría mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibicion de hacerlo en adelante.



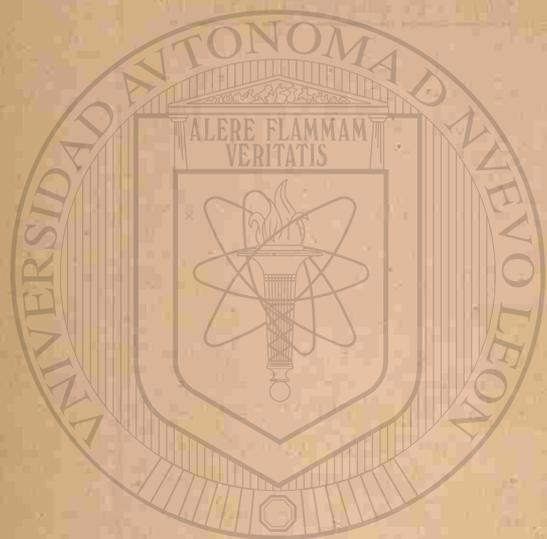


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

EL TESTAMENTO.—LA DEVOCION
AL CORAZON DE JESUS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII



En día me pidió mi soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo por escrito un testamento ó donacion entera y sin reserva, como lo habia hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir, y de todas las oraciones y bienes espirituales, que se me aplicaran ya durante mi vida, ya despues de mi muerte. Me hizo preguntarse a mi Superiora, si queria hacer de notario en este acto, que Él se encar-



gaba de pagárselo muy bien, y que, si esta se negaba, me dirigiera á su servidor el P. La Colombière; pero aceptó mi Superiora. Al presentárselo á este único amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo habia ordenado, porque queria disponer de aquello segun sus designios, y en favor de quien le agradase; mas que, pues su amor me habia despojado de todo, no queria tuviese otras riquezas, sino las de su Corazón Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donacion, mandándome escribirla con mi sangre y segun su dictado. La firmé despues sobre mi corazon, inscribiendo en él con un cortaplumas su sagrado nombre de Jesus. Hecho esto, me dijo que cuidaria de recompensar con el céntuplo el bien, que me hicieran, como si á Él mismo lo hiciesen, ya que nada tenia yo que pretender por ello; y que queria dar á quien habia escrito el testamento en su favor, la misma recom-

pensa que á Santa Clara de Montefalco, y para esto uniria á las acciones de aquella los méritos infinitos de las suyas, y le haria por el amor de su Sagrado Corazon merecer la misma corona. Lo cual fué para mí una consolacion grande, pues la amaba mucho, porque nutria abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificacion y humillacion, tan agradable al gusto de mi Soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillacion todo el mundo. Dios tambien me concedia el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

Ademas sufría mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual por su misericordia me sostenia siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones, que me venian de las cria-

turas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y aún por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada á combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupacion y trabajo exterior que podría sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí, el creer que todos me miraban con horror, y que sufrían mucho conmigo, pues tenía yo mucho que hacer para soportarme. Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenía otro recurso, ni remedio, sino el amor á mi propia abyeccion, en la cual permanecía abismada con gran motivo, pues todo, aún las menores acciones, se me convertía en humillacion. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones é imaginaciones, y entre tanto no me era permitido buscar alivio,

ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibía mi divino Maestro. Quería que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

«Sufrir todo sin queja es mi querer,
»Mi puro amor impídeme el temer.»

Quería que lo esperase todo de Él, y si me acontecia desear el procurarme algun consuelo, por todo alivio hacia que no encontrara sino desolacion y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias, que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso, que de él he hecho siempre volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearia derretirme de amor, reconocimiento y accion de gracias hacia mi Libertador. Entre tales sentimientos y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decia: «¿Qué devolveré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios

«mío! qué grande es vuestra bondad
 »para conmigo, pues habeis tenido á
 »bien hacerme comer en la mesa de los
 »santos y de los mismos manjares, con
 »que los sustentais: nutriéndome con
 »abundancia con los alimentos delicio-
 »sos de vuestros favorecidos y amigos
 »más fieles, á mí que no soy, sino una
 »indigna y miserable pecadora.»

«Bien sabeis ademas que sin el san-
 »to Sacramento y la cruz no podría vi-
 »vir y soportar mi largo destierro en
 »este valle de lágrimas.» Deseaba que
 jamás disminuyesen en él mis sufrimien-
 tos; pues cuanto más rendido esta-
 ba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo
 tenia mi espíritu y libertad para ocu-
 parse en su union con mi Jesus pacien-
 te, no teniendo más ardiente deseo que
 el de llegar á ser una verdadera y per-
 fecta copia y representacion de Jesus
 crucificado. Regocijábame cuando su
 soberana bondad empleaba multitud
 de obreros para trabajar á su gusto en

el cumplimiento de esta obra. Mas este
 Soberano no se separaba de su indigna
 víctima, cuya debilidad é impotencia
 para todo lo bueno tenia bien conoci-
 da, y me decia alguna vez: «Te honro
 »mucho, mi querida hija, en servirme
 »de instrumentos tan nobles para cru-
 »cificarte. Mi Eterno Padre me entregó
 »en manos de crueles y desapiadados
 »verdugos para crucificarme, y yo para
 »crucificarte me sirvo de personas de-
 »dicadas y consagradas á mi servicio,
 »á cuyo poder te he entregado, y por
 »cuya salvacion quiero que ofrezcas
 »cuanto te han de hacer sufrir.» Lo
 hacia con todo mi corazon, ofreciéndome
 á soportar siempre todo el rigor
 del castigo merecido por la ofensa de
 Dios, que pudiera haber en su conduc-
 ta conmigo; aunque, á la verdad, no
 me parecia que se pudiera cometer
 injusticia alguna haciéndome padecer,
 no pudiendo hacerlo tanto, quanto yo
 merezco. Mas confieso que me deleita

tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiría volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfacción en esta clase de discursos.

En una ocasión me manifestó mi Soberano que quería llevarme á la soledad, no á la de un desierto como la suya, sino á la de su Sagrado Corazón, donde quería honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada, darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad, y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla combatiendo valerosamente hasta la muerte; pues tenía que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debía ayunar á pan y agua cincuenta días. Mas no habiendo querido permitirme la obediencia por temor á la singularidad, me dió á conocer que le

sería igualmente agradable, si pasaba cincuenta días sin beber, en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres, que había tenido siempre su Corazón y de la que Él había sufrido en el árbol de la cruz. Me fué concedido hacer esta penitencia, y me pareció ser más dura que la anterior, á causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

Sufrió durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperación, significándome que no debía pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenía en el amor de Dios, del que sería privada por una eternidad; lo cual me hacía verter torrentes de lágrimas. Otras veces me atacaba por la vanagloria y después por la tentación abominable

de la gula. Me hacia sentir hambres espantosas, y luego me traia representaciones de todo cuanto era capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre, hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refeccion; allí sentia súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento, y apénas me levantaba de la mesa, tornaba á comenzar el hambre con más violencia que ántes.

Mi Superiora, á quien nada ocultaba de cuanto me sucedia por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir á pedirle permiso para comer cuando me sintiese más apretada por el hambre. Lo hacia así; pero con extrema violencia por la grande confusion, que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme á comer, me mortificaba y humillaba poderosa-

mente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Despues yo permanecia en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero despues que la interrumpí por obedecer, me obligaron á comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta dias, y asimismo pasaba luego los viérnes. Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedia. Con obedecer estaba satisfecha.

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le habia prohibido tentarme mi divino Maestro. En una ocasion, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id á ocupar el puesto de nuestro rey delante del Santísimo Sacramento.» Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abomina-

bles tentaciones de impureza, que me parecía estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora diciéndome que ya no volvería á representar la persona de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitación. Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia, y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Superiorano en cuanto deseaba de mí.

Quería que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaría mi sensibilidad y repugnancia de tal suerte, que no haría cosa alguna sino con pena y violencia, á fin de darme materia de triunfo aún en las cosas más pequeñas é indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este día. Añadió además que no habria para mí dul-

zura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haria encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podia constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertia en suplicio. Porque aún en esas ligeras recreaciones, que alguna vez se nos conceden, sufría más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacia exclamar: «Superano bien mio, qué caro se me vende este placer.»

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximacion de la hora me obligaba á gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fui allí sin repugnancias, que no podia vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me

obligaba á caer de rodillas para pedir á Dios la fuerza necesaria para vencerme. No me era ménos penoso el escribir, no tanto porque lo hacia de rodillas, cuánto por la pena interior que me causaba el hacerlo. La estima, las alabanzas y los aplausos me hacian sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas á las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veía forzada á decir: «Dios mío, armad contra mí todos los furores del infierno, los profiero á las lenguas de las criaturas armadas de vanas alabanzas, lisonjas y aplausos: vengan más bien á caer sobre mí todas las humillaciones, dolores, confusiones y contradicciones.»

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacia sentir en ocasiones con tal viveza, que no podia contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humillada y mortificada, que

no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyeccion, el cual me movia á dar gracias á mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, á fin de anonadarme en la estimacion de las criaturas. Quería ademas que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debia abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y aún de mucho más; ofrecer mis penas por las personas, que me causaban la afliccion; hablar siempre de Él con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasion, y nunca de mí misma, ó brevemente, ó con desprecio, á no ser cuando para su gloria me hiciera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria á su soberana grandeza, y á mí todo lo malo; no

buscar consolacion alguna fuera de Él, y aún debía, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando á ellas; no apegarme á nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino á Él, en Él y por Él; no mirar en todas las cosas más que á Él, y los intereses de su gloria con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debía hacer por Él todos mis actos, queria que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su divino Corazon. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales Él tendria cuidado de que no me faltasen, y yo debía por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, queria que le sacrificase cuanto me parecia mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibia además el juzgar, acusar y condenar á nadie sino á mí misma. Me enseñó

otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debía abrigar ningun temor, pues Él era un buen maestro, tan poderoso para hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. Tambien puedo asegurar que de buen grado, ó contra las repugnancias naturales, me obligaba á practicar cuanto queria.

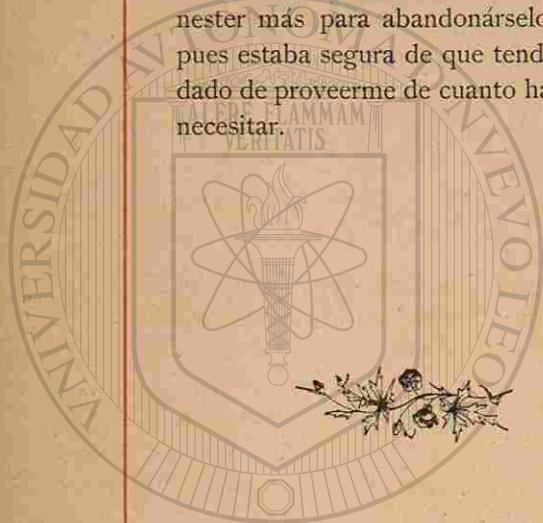
Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo: «No puedes darme mayor prueba, que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido.» Entonces descubriendo su divino Corazon: «He ahí este Corazon, que ha amado tanto á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo

»de la mayor parte sino ingratitud,
»ya por sus irreverencias y sus sacrile-
»gios, ya por la frialdad y desprecio
»con que me tratan en este Sacramen-
»to de amor. Pero lo que me es aún
»mucho más sensible, es que son cora-
»zones, que me están consagrados, los
»que así me tratan. Por esto te pido
»que sea dedicado el primer viénes,
»después de la octava del Santísimo
»Sacramento, á una fiesta particular
»para honrar mi Corazon, comulgando
»ese día y reparando su honor por
»medio de un respetuoso ofrecimiento,
»á fin de expiar las injurias, que ha re-
»cibido durante el tiempo que ha esta-
»do expuesto en los altares. Te pro-
»meto tambien que mi Corazon se di-
»lata para derramar con abundancia
»las influencias de su divino amor so-
»bre los que le rindan este honor, y los
»que procuren que le sea tributado.»

Y respondiendo que no sabia cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba

hacia tanto tiempo, me ordenó dirigir-
me á su servidor, pues me le habia en-
viado para el cumplimiento de este
designio. Habiéndolo hecho así, este
me mandó escribir cuanto le habia di-
cho en orden al Sagrado Corazon de
Jesus y otras varias cosas, que con él
se relacionaban, para la gloria de Dios,
el cual hizo que hallase suma consola-
cion en este santo varon, ya porque
me enseñó á corresponder á sus desig-
nios, ya porque me tranquilizó en me-
dio de los grandes temores de ser en-
gañada, que me hacian gemir sin ce-
sar. Al sacarle el Señor de este pueblo
para emplearle en la conversion de los
infeles, recibí el golpe con entera su-
mision en la voluntad de aquel Dios,
que tanta utilidad me habia proporci-
onado por su medio durante el corto
tiempo, que aquí estuvo. Y una vez que
quise solamente reflexionar sobre esto,
me dió inmediatamente esta repre-
sion: «¿Y qué, no te basto yo, que soy

»tu principio y tu fin?» No me fué menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.



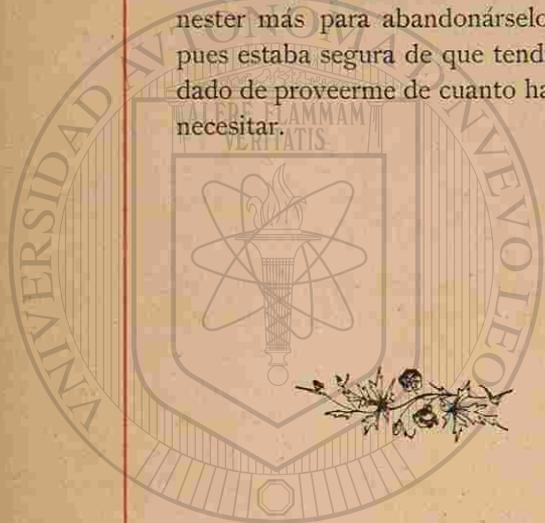
VIII

PRIMEROS HONORES TRIBUTADOS
AL SAGRADO CORAZON.—SUFRIMIENTOS
Y FAVORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tu principio y tu fin?» No me fué menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.

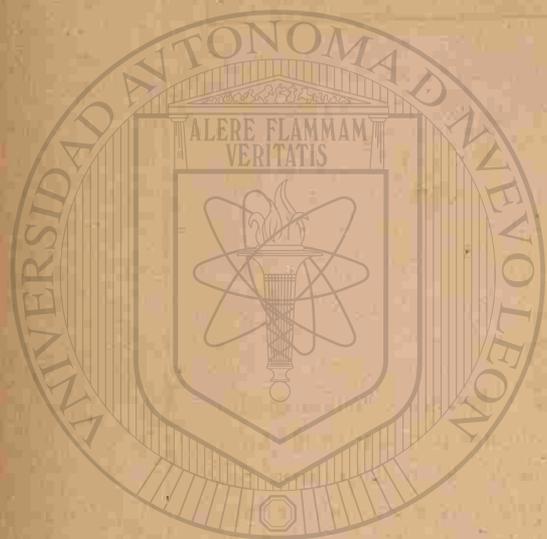


VIII

PRIMEROS HONORES TRIBUTADOS
AL SAGRADO CORAZON.— SUFRIMIENTOS
Y FAVORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



VIII



o hallaba todavía medio alguno para dar principio á la devocion al Corazon Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasion, que para ello me proporcionó su bondad. Caía en viérnes la fiesta de Santa Margarita, y pedí á mis hermanas novicias, cuya direccion tenia entónces á mi cargo, que todos los obsequios, que tenían intencion de hacerme para honrar mi santo, los hi-

ciesen al Sagrado Corazon de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad elevando un altarcito, sobre el cual colocaron una pequeña imagen del Sagrado Corazon dibujada á pluma en un papel, y la rendimos todos los homenajes que Él mismo nos sugirió. Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas también, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devocion nueva.

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolacion, y nada temia tanto como el que llegase á ser privado de los honores el divino Corazon. Pues cuantas cosas oia decir sobre esto, eran otras tantas espadas, que atravesaban el mio. Se me prohibió colocar otra vez en público imagen alguna de este Corazon Sagrado, y decian que todo cuanto podia permitírseme, era tributarle algun homenaje en secreto. En mi afliccion no sabia á quién dirigirme sino á Él, que siem-

pre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: «Nada temas, yo »reinaré á pesar de mis enemigos, y »de todos los que á ello quisieran oponerse.» Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufría en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecia haberse desencadenado contra mí todo el infierno, y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás habia gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prision, y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de la tierra cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginacion de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para des-

cubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo, ni quería tanto, como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegó á cansarme.

Si me hubiera sido permitida la comunión frecuente, habría estado mi corazón satisfecho. Una vez que ardentemente la deseaba, se me puso delante mi divino Maestro cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo: «Hija mía, he oído tus gemidos, y los deseos de tu corazón me son tan agradables, que si no hubiera instituido mi divino Sacramento de amor, le instituiría por amor tuyo para tener el placer de alojarme en tu alma y tomar un reposo de amor en tu corazón.» Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentía mi alma completamente enajenada y no podía explicarme, sino con estas palabras: «¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor

»de un Dios hacia una tan miserable criatura!» Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijón poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

En otra ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda un fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecía abrasarme con ella. El deplorable estado, en que me dió á conocer se hallaba en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas. Me dijo que era el religioso benedictino, que me había confesado una vez y me había mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse á mí para obtener de mí algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, despues de haber

obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era ante todo porque habia preferido el interés propio á la gloria divina, por demasiado apego á su reputacion; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero, por el exceso del afecto natural que habia tenido á las criaturas, y de las pruebas que de él les habia dado en las conferencias espirituales, lo cual desagrada mucho al Señor.

Muy difícil me sería el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba, me parecia verle hecho un fuego y con tan vivos dolores, que me veia obligada á gemir y llorar casi continuamente. Movida de compasion mi Superiora, me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas; porque las penas y sufrimientos exteriores, que por caridad me hacian estas sufrir, aliviaban

mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir á estas pobres almas. Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria iba á gozar de su eterna dicha, y dándome las gracias, me dijo que me protegeria en la presencia de Dios. Habia caido enferma, pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

Me dió á entender mi Soberano que, cuando quisiera abandonar una de esas almas, por las cuales deseaba que yo sufriese, me haria experimentar el estado de un alma réproba, dándome á sentir la desolacion en que se encuentra á la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar. Un día, estando sola en el trabajo, fué puesta ante mis ojos una religiosa, que áun vivia entónces, y se me dijo de una manera inteligible: «Mira, he ahí esta re-

»ligiosa solamente de nombre, á la cual
 »estoy dispuesto á lanzar de mi cora-
 »zon y abandonarla á sí misma.» Al
 instante me sentí presa de tan gran
 terror, que postrándome con el rostro
 en el suelo, permaneci largo tiempo de
 este modo sin poder volver en mí, y
 me ofrecí al mismo tiempo á la divina
 Justicia para sufrir, cuanto fuere de su
 agrado, á fin de que no la abandonase.

Me pareció entónces haberse torna-
 do contra mí su justa cólera, y me hallé
 en espantosa agonía y desolacion com-
 pleta, pues sentía sobre mis espaldas
 un peso abrumador. Si queria alzar los
 ojos, veía á un Dios irritado conmigo y
 dispuesto á caer sobre mí armado de
 varas y azotes; por otra parte me pa-
 recía ver el infierno abierto para devo-
 rarme; en mi interior todo estaba re-
 vuelto y en desórden; mi enemigo me
 asediaba por todos lados con tentacio-
 nes violentas, especialmente de deses-
 peracion; y yo huía en todos sentidos

de ese Dios irritado, que me perseguia,
 pues no hay género de tormento, al
 cual no me hubiera entregado para li-
 brarme de él, y no me podia ocultar á
 sus miradas. Sufria una confusion es-
 pantosa creyendo que eran conocidas
 de todo el mundo mis penas. No podia
 orar, ni desahogarme sino llorando.
 Decia solamente: «¡Ah! cuán terrible
 »es caer en las manos de un Dios vivo.»
 Y otras veces arrojándome con el ro-
 stro en la tierra exclamaba: «Herid,
 »Dios mio, cortad, quemad, consumid
 »cuanto os desagrade, y no perdoneis
 »ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne,
 »ni mi sangre, con tal que salveis eter-
 »namente esta alma.»

Confieso que no hubiera podido du-
 rar mucho tiempo en tan doloroso es-
 tado, si no me hubiera sostenido su
 amorosa misericordia bajo los rigores
 de su justicia. Así es que caí enferma,
 y me costó mucho el restablecerme.
 Con frecuencia me ha hecho mi Sobe-

rano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos, que quería ejecutar en algunas almas, y me arrojé á sus sagrados pies diciéndole: «¡Oh Salvador mio! descargad sobre mí toda vuestra indignacion, y borradme del libro de la vida ántes que perder esas almas, que tan caro os han costado.» Y me respondió: «Pero no te aman y no cesarán de afligirte.—No importa, Dios mio: con tal que os amen, no quiero cesar de suplicaros que las perdoneis.»—«Déjame obrar; ya no puedo sufrirlas.» Y abrazándole más estrechamente aún: «No, Señor mio, no os dejaré hasta que las hayais perdonado.» Y El me decia: «Yo accedo gustoso, si tú quieres responder por ellas.»—«Sí, Dios mio; pero nunca os pagaré, sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Sagrado Corazon.» Con esto se dió por satisfecho.

Y otra vez, estando en la labor comun de escardar lana, me retiré á un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde trabajando arrodillada me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazon de mi adorable Jesus más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su amor puro, rodeado de Serafines que cantaban con admirable concierto:

«El amor triunfa;
Goza el amor;
Placer derrama
Su Corazon.»

Me invitaron estos bienaventurados espíritus á unirme con ellos en los loores del divino Corazon, y no me atrevía; pero de nuevo me instaron diciéndome: «Que habían venido á asociarse á mí con objeto de tributarle un homenaje continuo de amor, de adoracion y de alabanza; y á este fin harian mis veces delante del Santísimo Sacra-

»mento, para que yo pudiese, por su
 »medio, amarle sin interrupcion, y ellos
 »á su vez participar de mi amor, su-
 »friendo en mi persona como yo goza-
 »ría en la suya.» Escribieron al mismo
 tiempo esta asociacion en el Corazon
 Sagrado con letras de oro y con los
 caracteres indelebles del amor. Duró
 esto de dos á tres horas; pero he sen-
 tido sus efectos durante toda mi vida,
 ya por los socorros recibidos, ya por
 las dulzuras, que habia producido y
 producía en mí, dejándome toda llena
 de confusion. Al dirigirles mis plega-
 rias, no les daba otro nombre que el
 de mis divinos asociados. Me inspiró
 esta gracia tal deseo de la pureza de
 intencion, y me hizo concebir una idea
 tan alta de la que se debe tener para
 conversar con Dios, que todas las de-
 más me parecen impuras para este
 objeto.

Otro día, estaba una de nuestras
 hermanas sumida en un sueño letárgi-

co, y se habia perdido la esperanza de
 poderla administrar los últimos sacra-
 mentos. Tenia esto en grandísima cons-
 ternacion á la Comunidad, especial-
 mente á nuestra Madre, y esta me or-
 denó prometer á Nuestro Señor para
 conseguirlo, todo cuanto le pluguiera
 darme á conocer que deseaba. No ha-
 bia terminado aún el cumplimiento de
 esta obediencia, y ya el Soberano de
 mi alma me prometió que esta herma-
 na no moriria sin recibir los auxilios
 que con razon deseábamos, si le pro-
 metia tres cosas, las cuales queria ab-
 solutamente de mí: la primera, no re-
 chazar cargo alguno en la religion; la
 segunda, no rehusar ir al locutorio, y la
 tercera, no negarme á escribir. A se-
 mejante peticion confieso que se extre-
 meció todo mi ser por la grande re-
 pugnancia y aversion que para esto
 sentia. Respondí: «¡Oh Señor mio! bien
 »me atacais por mi flaco; pero pediré
 »permiso.» Me le concedió al momen-

to mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mí! ¡Cuántas infidelidades no he cometido, pues no por eso me quitó la repugnancia, que en ello sentía, la cual me ha durado toda la vida! Pero la hermana recibió los Sacramentos.

Para dar á conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un día, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme á ellos algunos días ántes, quise por segunda vez grabar el santo nombre de Jesus en mi corazón. Pero lo hice de modo, que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho á mi Superiora la víspera del día, en que debía retirarme á la soledad, me respondió que quería mandar ponerme algun remedio, por temor de que no degenerase en algun mal peligroso. Esto me

hizo quejarme á Nuestro Señor: «¡Oh mi único amor! ¿Permitireis que otros vean el mal, que me he hecho por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme, Vos que sois el soberano remedio de todos los males?» En fin, movido por mi sentimiento de darlo á conocer, me prometió que al día siguiente estaría curada, y en efecto lo hizo como me lo había prometido, pero no habiendo podido decirselo á nuestra Madre por no haberla encontrado, me envió esta una esquelita, en la cual me decía que enseñase mi mal á la hermana, que me la daba, y esta le aplicaría el remedio.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho á nuestra Madre. Fui con este objeto á buscarla, y le dije que no había hecho lo ordenado en la esquila por estar ya curada. ¡Dios mío, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la

obediencia, tanto ella como mi Soberano Maestro! Este me relegó á estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco dias próximamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdon con penitencias continuas. Y en cuanto á mi Superiora, me trató sin remision en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la sagrada Comunión, lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado á muerte. Además, me obligó á mostrar mi mal á la hermana. Esta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusion.

Para mí todo esto era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenia de haber desagradado á mi Soberano. En fin, despues de haberme hecho conocer cuánto le desagrada la falta más pe-

queña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino Él mismo en los últimos dias de mi retiro á enjugar mis lágrimas y devolver á mi alma la vida. Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenia bastante con pensar que le habia desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en un alma religiosa, que confieso no haberlo aún hasta entónces comprendido. Y me dijo que en castigo de mi falta el sagrado Nombre, cuya inscripcion tanto me habia costado en memoria de sus sufrimientos al tomar el santo nombre de Jesus, no seria ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecian ántes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

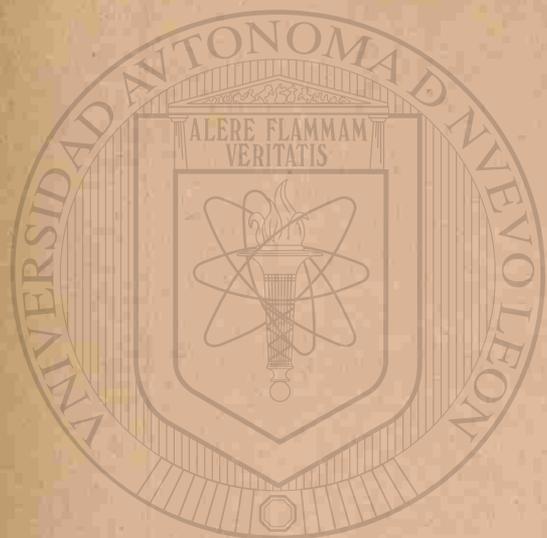
Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro dias se-

guidos sin estar enferma. Una vez, estaba muy mal y casi no se me entendía lo que hablaba; vino á verme nuestra Madre á la mañana y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, á saber: que tenia necesidad de asegurarse de si procedía del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venia, por el contrario, del espíritu del demonio ó de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más, cuanto que me habia sido manifestado su contenido ántes de leerlo.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba para hacerlas más sensibles y mortificativas á la naturaleza. Presenté el billete á mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me

respondió: «Te aseguro, hija mia, que para prueba del buen Espíritu, que te guía, hubiera concedido á tu Superiora tantos años de tu salud como meses me ha pedido, y ademas todas cuantas seguridades hubiera querido pedirme.» Y en el instante de la elevacion del Santísimo Sacramento, sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades, como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta, que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, despues del cual se me volvió al estado precedente.





IX

ÚLTIMOS AÑOS DE MARGARITA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IX



EN una ocasión, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, y me dijo: «Id, os entrego al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo. Que Él os dirija, gobierne y cure según su voluntad.» Ahora bien, aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fui, sin embargo, muy contenta de practicar



esta obediencia, ya por verme enteramente abandonada al cuidado de mi buen Maestro, ya por tener ocasion de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendria Él de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir ó gozar. «Todo me viene bien, decia, con tal que Él esté contento y yo le ame, me basta.» Mas apénas me hallé encerrada con Él solo y postrada en tierra enteramente transida de dolor y de frio, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo: «En fin, héte ahí toda mía, y toda á mi cuidado; por esto quiero devolverte sana á los que te han puesto en mis manos enferma.»

Y me restituyó una salud tan completa, que no parecia haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabia todo lo sucedido.

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creía en un

paraíso por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, á causa de su extension, los por menores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo habia mostrado al ver borrarse de mi corazon su sagrado y adorable Nombre despues de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso Él mismo, con el sello y el buril enteramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo, que dolor y afficcion me habia causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podia vivir, ni gustar de placer alguno, ni aun celestial y divino, porque no tenia más delicias que las de verme semejante á mi pacientísimo Jesus. No

pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores, que la libertad, en que se me habia dejado, me permitia. Y en efecto, se los hice bien experimentar, tanto por las penitencias, como por el método de vida y de reposo. Me habia formado de cascotes de vasijas rotas un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Quería hacer cierta penitencia, que por lo rigurosa excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla, pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en él le deshonran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que quería entregarme sana á mi Superiora, quien me habia confiado y remitido á sus cuidados, y

así le agradaría más el sacrificio de mi deseo que la ejecución misma, porque siendo espíritu quería sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

Yendo una mañana á comulgar, me pareció la sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo podia soportar, y en medio de ella vi á Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual poco despues de haberle recibido puso sobre mi cabeza, diciéndome: «Recibe, hija mia, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada para tu conformidad conmigo.» No comprendí entónces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos: á saber, dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte que me pareció tener desde entónces todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarían sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias á Dios, que tan seña-

lados favores ha hecho á su miserable víctima. Mas, ¡ay de mí! como lo repito con frecuencia; las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada á mi Soberano por esta corona preciosa, que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes Monarcas del mundo: tanto más que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor. No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, á imitación de mi divino Maestro que no podía reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles, viendo en mí alguna conformidad con Él. Y por este dolor queria que pidiese á Dios, su Padre, por el mérito de su coronación de espinas, á la cual uniese yo la mia, la conversion de los pecadores y

la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable é injuriosa.

Una vez, hacia el tiempo de Carnaval, es decir, como unas cinco semanas ántes del Miércoles de Ceniza, Él se me presentó despues de comulgar bajo la figura de un *Ecce homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones, y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste decia: «¿No habrá nadie que tenga piedad de mí, y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor viendo el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?» Postrándome á sus sagrados pies, me ofrecí á Él con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso comencé á comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan

vivamente en mi corazón, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno á cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado, dije, cuán detestable eres por la injuria que haces á mi soberano Bien!» Este me dió á conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con Él, para hacerle fiel compañía participando de sus dolores, desprecios, oprobios y otras injurias que sufría.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer en mí y por mí, dejándome enclavar á su gusto con una enfermedad, que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz, y con agudísimos dolores, en los cuales no recibía otra señal de compasión sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas á la naturaleza. Pero, ¡miserable de mí! ¿qué podría sufrir yo, que pudiera igualar á

la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusión, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal, y la gravedad de la culpa, que por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa? Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazón haber comenzado á sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido, para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos, ántes de haber llegado á tan miserable extremo, y esto, áun cuando estuviera segura de que Dios por su infinita bondad, me perdonaría sin entregarme á tales penas.

El estado de sufrimiento, del cual he hablado algo más arriba, me duraba ordinariamente todo aquel tiempo de Carnaval hasta el Miércoles de Ceniza.

Parecía que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolacion alguna ni alivio, que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me sentia súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de cuaresma. Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores, que con frecuencia creía al comenzar un ejercicio que no podría sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, despues de concluido uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mío, concededme la gracia de poder llegar hasta el fin,» y daba gracias á mi Soberano porque media así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

Cuando queria favorecerme con alguna nueva cruz, me disponia para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me

hubiera sido imposible sobrellevarlos si hubieran continuado. En esta ocasion le decia: «Único amor mío, os sacrifico todos estos placeres. Guardadlos para las almas santas, las cuales os glorificarán más que yo; yo no quiero sino á vos solo, enteramente desnudo sobre la cruz, donde deseo amaros á vos solo por amor de vos mismo. Quitadme, pues, todo lo demás para que os ame sin mezcla de interés ni de placer.»

Y sucedía á veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacía en contrariar mis deseos haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que lo uno y lo otro venia de Él, y que cuantos favores me ha hecho, ha sido por pura misericordia suya; pues jamás criatura alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenia de ser engañada. Y cien veces me

he admirado de que, en vista de tanta resistencia, no me anonadase ó hundiese en el abismo.

Mas por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia este único amor de mi alma, como me lo ha prometido.

Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento, que no me fuera más dulce, y al cual no me sacrificara mil veces, ántes que soportar esta divina presencia, y aparecer delante de la santidad de Dios, teniendo el alma manchada con algun pecado.

En esas ocasiones bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos eran inútiles, hallando en todas partes esa santidad, de que huía, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufría en mí sin ningun consuelo, ni deseo de buscarle.

Esto me obligaba á exclamar á veces en medio de mi dolorosa amargura: «¡Oh! cuán terrible es caer en las »manos de un Dios vivo.»

He ahí la manera que Él tenía de purificarme de mis faltas, cuando no era yo bastante pronta y fiel en castigarme por ellas. Y nunca recibía gracia alguna particular de su bondad, que no fuese precedida de esta clase de tormentos, y sin sentirme, despues de haberla recibido, arrojada y abismada en un purgatorio de humillacion y confusion, donde sufría más de lo que puedo expresar.

Mas siempre conservaba una tranquilidad inalterable, pareciéndome que nada podria turbar la paz de mi alma, aunque estuviese frecuentemente agitada la parte inferior, ora por mis pasiones, ora por mi enemigo, quien hacia todos sus esfuerzos para conseguirlo, pues no hay cosa alguna sobre la cual tenga más poder, y en la que gane tan-

to, como en un alma turbada é inquieta; la hace su juguete y la vuelve incapaz de bien alguno.

SÍGUENSE LAS CERTIFICACIONES
DEL MANUSCRITO AUTÓGRAFO

Certificado y verificado en 22 de julio 1715.

Suscrito

SOR ANA ISABEL DE LA GUARDA.

Rubricado por nosotros el 22 de julio 1715.

Suscrito

D. DE BANSIÈRE, COMISARIO
CHALON, ESCRIBANO.

Nos, Protonotario apostólico, Vicario general, Arcediano de Autun, hemos reconocido como autógrafo de la Beata Margarita Marta Alacoque esta biografía, escrita por ella misma por orden de sus superiores. Se compone de 64 páginas.—En fe de lo cual: Paray, 26 de febrero 1865.

Suscrito:

G. BOUANGE, PROTON. APOST.
VIC. GEN. ARC.

†
Lugar del sello del Obispo.



APENDICE



TERMINA la Autobiografía en el año 1687, el mismo en que salió de Paray el P. Rolin, y tres antes de la muerte de la Beata Margarita. Por nuestra parte cerraremos este período de su vida, citando las memorables palabras de dicho Padre, su Director entonces, por ser como un breve resumen y un verdadero panegirico. Habia oido la confesion general, que de toda su vida hizo la Beata Margarita en uno

de sus ejercicios, y estuvo largo tiempo deliberando si se la mandaría escribir y conservar: «Con la esperanza, dijo, de que un día se pudiera conocer la extrema pureza de esta esposa de Jesucristo, y juzgar hasta dónde pueden llegar la inocencia, la delicadeza y la sublime santidad de un alma, que Dios ha gobernado y favorecido con sus más señaladas gracias desde la misma cuna.»

Los tres años siguientes, últimos de su peregrinación sobre la tierra, fueron, como los anteriores, alimentados con el mismo amor, llenos de las mismas delicias, colmados de los mismos sentimientos. No intentaremos describirlos; sólo sí trazar un pequeño esbozo de ese hermoso cuadro. Durante este período tuvo dos consolaciones, las mayores tal vez para un alma, que con tanto ardor deseaba el triunfo de su Amado: ver erigida ya en el recinto de Paray una capilla en honor del Corazón de Jesús, y recibir aquella comunicación íntima, en

que le dió á conocer nuestro Señor la misión especial que confiaba á la Compañía de propagar este culto y las gracias singulares que reservaba en la tierra para su elegida milicia.

Trasladémonos ahora á sus últimos días, cuando la tierra principiaba á ocultarse á las miradas de Margarita, y á descubrirse el cielo sonriendo á los ardientes suspiros de su corazón. Escribe una de sus contemporáneas: «Decía, á la Hermana, en quien más confianza tenía, que para ella ningún sufriendo quedaba ya en el mundo, y que inevitablemente moriría muy pronto.»

Quiso, sin embargo, prepararse con un retiro interior de cuarenta días, y examinar de dónde procedía aquel deseo vehemente, que la obligaba á suspirar por el día feliz, y si sería en efecto feliz para ella, pues se juzgaba como la mayor pecadora y la más indigna de los favores de Dios. He aquí sus sentimientos en esta materia:

»Desde el día de Santa Magdalena
 »me sentí extremadamente impulsada
 »á reformar mi vida, para estar dispues-
 »ta á presentarme ante la santidad de
 »Dios, cuya justicia es tan temible y
 »tan impenetrables sus juicios. Es me-
 »nester, por lo tanto, que tenga siempre
 »ajustadas mis cuentas, para no verme
 »sorprendida, porque es cosa terrible
 »caer á la hora de la muerte en las ma-
 »nos de un Dios vivo, cuando durante
 »la vida se ha separado un alma por
 »la culpa de los brazos de un Dios
 »moribundo. Me propuse, pues, para
 »llevar á efecto una inspiracion tan sa-
 »ludable, hacer un retiro interior en el
 »Sagrado Corazon de Jesucristo.

»Aguardo y espero todos los auxilios
 »de gracia y de misericordia, que me
 »serán necesarios; porque tengo en Él
 »toda mi confianza. Él es el solo apoyo
 »de mi esperanza, puesto que su exce-
 »siva bondad no me rechaza nunca,
 »cuando á Él me dirijo; ántes al con-

»trario, parece gozarse en haber halla-
 »do una criatura tan pobre y miserable
 »como yo, para llenar el abismo de mi
 »indignidad con su abundancia infinita.

»Será mi buena Madre la Santísima
 »Virgen, y tendré por Protectores á
 »San José y mi Santo Fundador. El
 »buen P. La Colombière será mi Direc-
 »tor para enseñarme á cumplir los de-
 »signios del Corazon adorable en con-
 »formidad con sus máximas.

»El primer día de mis ejercicios, mi
 »ocupacion fué el pensar de dónde po-
 »dría proceder este gran deseo de mo-
 »rir, pues no es ordinario en los crimi-
 »nales, como lo soy yo delante de Dios,
 »desear comparecer en presencia de su
 »juez, y un juez, cuya santidad de jus-
 »ticia penetra hasta la médula de los
 »huesos, á quien nada puede ocultarse
 »y que nada dejará impune. ¿Cómo,
 »pues, alma mía, puedes sentir un gozo
 »tan grande en la proximidad de la
 »muerte? No piensas sino en terminar

»tu destierro, y estás enajenada de
 »gozo con la idea de salir muy pronto
 »de tu prision. Pero ¡ay de mí! mira no
 »sea que despues de un gozo tempo-
 »ral, que quizá no proviene sino de ce-
 »guedad é ignorancia, te sumerjas en
 »una eterna tristeza, y desde esta pri-
 »sion mortal y transitoria caigas en los
 »calabozos eternos, donde no tiene ya
 »lugar la esperanza de salir.

»Dejemos, pues, alma mia, este de-
 »seo y este gozo de morir para las
 »almas santas y fervorosas, para las
 »cuales están preparadas tan grandes
 »recompensas; pues en cuanto á mí,
 »no me dejan las obras de una vida
 »criminal ver otro término que los
 »eternos castigos, si no fuere Dios
 »conmigo más misericordioso que jus-
 »to. Y pensando cuál será tu suerte
 »¡oh alma mia! dime: ¿podrás sufrir
 »durante una eternidad la ausencia de
 »Aquel, á cuya posesion aspiras con
 »tan ardientes deseos, y cuya privacion

te hace presentir penas tan crueles?»

»¡Dios mio, cuán difícil es de ar-
 »reglar mi cuenta, pues he perdido
 »tanto tiempo y no sé cómo poderlo
 »reparar! En la perplejidad en que
 »me hallo de ordenar todas mis par-
 »tidas y tenerlas siempre en dispo-
 »sicion de ajustar cuentas, no he sa-
 »bido á quién dirigirme sino á mi
 »adorable Maestro, que por singular
 »favor ha querido encargarse de ha-
 »cerlo. Así, pues, le he remitido to-
 »dos los capítulos, por los que he de
 »ser juzgada y recibir mi sentencia; á
 »saber, nuestras reglas, constituciones
 »y directorio, segun los cuales seré jus-
 »tificada ó condenada. Una vez puestos
 »ya en sus manos todos mis intereses,
 »he sentido una paz admirable á sus
 »pies, donde me ha tenido largo tiempo
 »como enteramente perdida en el abis-
 »mo de mi nada, esperando su senten-
 »cia acerca de esta miserable criminal.

»El segundo dia me fué presentado,

»durante la oracion, como en un cuadro, lo que habia sido ántes y lo que entonces era. Pero, ¡Dios mio, qué monstruo más deforme y más horrible á la vista! No veia bien alguno, sino tanto mal, que era para mí un tormento el sólo pensarlo. Todo parecia condenarme á un eterno suplicio, por el grande abuso de tantas gracias, á las cuales no he correspondido, sino con infidelidades, ingraticudes y perfidias. ¡Oh Salvador mio! quién soy yo, para haberme esperado á penitencia tanto tiempo; yo, que mil veces me expuse á ser arrojada en el abismo infernal por el exceso de mi malicia, y otras tantas lo habeis impedido vos por vuestra infinita bondad! Seguid, pues, amable Salvador mio, ejerciéndola con tan miserable criatura.

»Ya lo veis: acepto de buena voluntad todas las penas y suplicios que os plazca hacerme sufrir en esta vida y en la otra. Y tan grande es mi dolor de ha-

»beros ofendido, que querria haber pagado todas las penas merecidas por los pecados cometidos, y por todos aquellos que hubiera llegado á cometer á no haberme socorrido vuestra gracia. Sí, quisiera haber sido sumergida en todos esos tormentos rigurosos desde el instante en que comencé á pecar, y que me hubiesen servido de preservativo para no llegar á ofenderos tanto, aunque no encontrara más penas que obtener el perdón por amor de vos mismo. No, nada excluyo en la venganza, que á vuestra divina justicia pluguiere ejercer sobre esta criminal, sino el que me abandoneis á mí misma permitiendo mis nuevas recaidas en el pecado en castigo de los precedentes.

»No me priveis, Dios mio, de amaros en la eternidad, por no haberos amado bastante en el tiempo. Por lo demás, haced de mí todo cuanto os agrade: os debo todo cuanto tengo y cuanto soy.

» Todo lo bueno que pudiera hacer no
» serviría, á no ser por vuestra gracia,
» para reparar la más pequeña de mis
» culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi
» divino Dueño; arrojadme en una pri-
» sion, consiento en ello, con tal que sea
» en la de vuestro Corazon Sagrado. Y
» cuando allí estuviere, tenedme bien
» cautiva y sujeta con las cadenas de
» vuestro amor, hasta que os haya pa-
» gado todo cuanto os debo; y como
» no podré hacerlo nunca, tampoco de-
» seo salir de ella jamás.»

*Seria de desear que Margarita hu-
biera continuado escribiendo todas las
visiones y luces recibidas durante estos
cuarenta dias dedicados al retiro inte-
rior para prepararse á la muerte, prue-
ba segura de que lo sabia; pero nos ve-
mos privados de este consuelo. No prosi-
guió por no ser demasiado larga, como
ella misma nos dice.*



X

SANTA MUERTE DE MARGARITA MARÍA

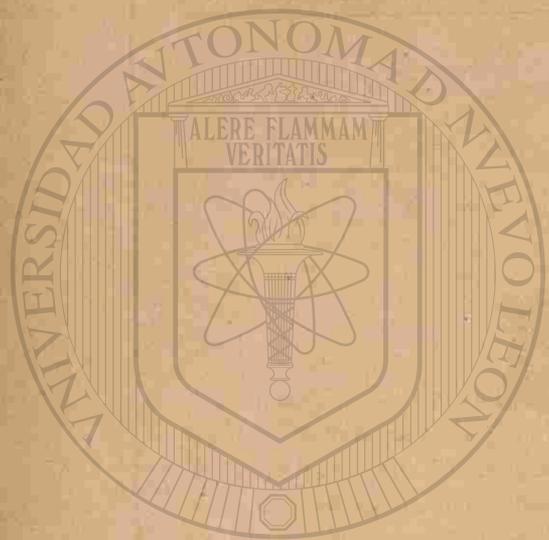
» Todo lo bueno que pudiera hacer no
» serviría, á no ser por vuestra gracia,
» para reparar la más pequeña de mis
» culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi
» divino Dueño; arrojadme en una pri-
» sion, consiento en ello, con tal que sea
» en la de vuestro Corazon Sagrado. Y
» cuando allí estuviere, tenedme bien
» cautiva y sujeta con las cadenas de
» vuestro amor, hasta que os haya pa-
» gado todo cuanto os debo; y como
» no podré hacerlo nunca, tampoco de-
» seo salir de ella jamás.»

*Seria de desear que Margarita hu-
biera continuado escribiendo todas las
visiones y luces recibidas durante estos
cuarenta dias dedicados al retiro inte-
rior para prepararse á la muerte, prue-
ba segura de que lo sabia; pero nos ve-
mos privados de este consuelo. No prosi-
guió por no ser demasiado larga, como
ella misma nos dice.*



X

SANTA MUERTE DE MARGARITA MARÍA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



X

CAMINANDO á grandes pasos á la perfeccion, llegó muy pronto esta venerable Hermana, á juicio de los que conocian su interior, á una grande santidad. Estaba, hacia ya algunos años, tan estrechamente unida con Dios, que muy rara vez el sueño interrumpia su continuo pensar en Él, ó mejor diremos que este pensamiento interrumpia casi continuamente su sueño. No habia ocupacion capaz de distraerla; su corazon es-

taba cerrado para todo lo de la tierra y aún para ella misma; su único sufrimiento era el no sufrir más, y la tranquilidad de que gozaba, era á sus ojos como un castigo de Dios. Oigamos cuanto acerca de esto escribe á su Director:

«No sé, mi Reverendo Padre, qué
 »debo pensar del estado, en que ahora
 »me encuentro. He tenido hasta aquí
 »tres deseos tan ardientes, que los mi-
 »raba como tres tiranos, que me hi-
 »cieran padecer un martirio continuo,
 »sin darme un sólo momento de repo-
 »so. Eran estos tres deseos; amar con
 »perfeccion á Jesucristo, sufrir mucho
 »por amarle y morir entre los ardores
 »de su mismo amor. Mas al presente
 »me hallo en tal ausencia de todo de-
 »seo, que me admiro. Temo que esta
 »pretendida calma no sea un efecto de
 »aquella tranquilidad, en la cual deja
 »Dios en ocasiones á las almas infie-
 »les; recelo que, por mis grandes infi-

»delidades á sus gracias, he atraído so-
 »bre mí tal estado, que puede ser una
 »señal de reprobacion. Pues confieso
 »no serme posible querer cosa alguna,
 »ni desear nada en el mundo, aún cuan-
 »do veo que en materia de virtud me
 »falta todo. Querría á veces afligirme
 »por esto, mas no puedo: no está en
 »mí el obrar á mi gusto. Solamen-
 »te siento una perfecta conformidad
 »con la voluntad de Dios, y un placer
 »inefable en los sufrimientos. El pen-
 »samiento, que de tiempo en tiempo
 »me consuela, es que el Sagrado Co-
 »razon, si le dejo hacer, todo lo hará
 »por mí: querrá, amará, deseará por
 »mí y suplirá todos mis defectos.»

*A este estado de perfeccion habia lle-
 gado, cuando plugo á nuestro Señor lle-
 varla consigo. Con razon creemos que,
 cumplidos ya felizmente los grandes
 designios de Dios sobre esta su fiel es-
 posa, quiso el Señor poner el colmo á
 tantos favores. Cuanto más se aproxi-*

maba á su fin, más estrechamente se unia con Dios. No perdía ocasion de mortificarse. Pocos días antes de su última enfermedad no quiso probar las uvas en la vendimia, y para hacer más perfecto el sacrificio, pidió antes la debida licencia. Ni una palabra hubiera salido de sus labios sobre esto, si no se hubiese notado. Era fidelísima en seguir las inspiraciones divinas, y tan completa victoria había obtenido sobre todos sus apetitos, que todo lo encontraba demasiado bueno para ella. Jamás demostró repugnancia en tomar cosa alguna, aun los más amargos remedios; ni después de tomarlos quiso enjuagarse la boca para conservar por más tiempo su amargor.

Si tan rigida fué consigo misma en medio de sus frecuentes enfermedades, lo sería mucho más en plena salud, como es fácil comprenderlo, pudiendo con verdad afirmarse que pasó toda su vida en una constante y generosa mortificación.

La profunda humildad, su virtud dominante, el perfecto amor de Dios, y aquel fervor de que estaba inflamado su pecho, la movían incesantemente á la práctica de los actos, que forman el carácter distintivo de nuestra Beata. Su vida entera fué una no interrumpida serie de sufrimientos, humillaciones y desprecios. Puede decirse que amó á Dios desde el instante en que fué capaz de conocerle; y si son objeto de nuestra admiración los extraordinarios favores recibidos de su divino Maestro, no deben serlo ménos la fidelidad con que supo corresponder á ellos y la perseverancia en el vencimiento de la naturaleza por medio de una abnegación total. No cesó un instante en la práctica de las perfectas y sólidas virtudes, y murió en actual ejercicio del puro amor.

Comenzó á sentirse mal la tarde misma, en que se disponía á entrar en su retiro. Preguntándola una Hermana si podría empezarle, respondió: «Sí, pero

«este será el gran retiro.» Estuvo en cama sólo nueve días antes de su muerte, y empleó este tiempo en prepararse á la venida del Esposo, aunque no parecia grave la enfermedad. Llamaron al Dr. Billet, antiguo médico de la casa, quien la tenia en grande estimacion y muchas veces habia confesado sinceramente que para las enfermedades de Margarita ocasionadas por el amor divino, ni encontraba, ni habia remedio alguno. Examinó el mal de que quejaba la enferma, y aseguró no ser de importancia. Más aún, el mismo día de su muerte afirmó de nuevo que no habia ni siquiera apariencia de semejante desenlace. Ella, sin embargo, insistió siempre en decir que moriria.

Tal era su seguridad, que pidió con mucha instancia el Santo Viático, y habiéndola dicho que no se juzgaba oportuno, pidió la dejasen al ménos comulgar, pues estaba en ayunas. Accedieron á su peticion y recibió el Santísi-

mo Sacramento, en forma de Viático por su parte, sabiendo que le recibia por última vez.

¿Cómo describir el fervor de su espíritu en este acto, ni dónde hallar palabras bastante expresivas para ello? Baste decir que fué la suma expresion del amor ardiente de toda su vida á su Maestro divino en tan adorable misterio.

Conoció una de las Hermanas que la enferma sufría extraordinariamente, y se ofreció á procurarle algun alivio; pero Margarita, dándole las gracias, contestó que eran demasiado preciosos los cortos instantes de su vida para dejar de aprovecharlos; que en verdad sufría mucho, mas no lo bastante todavía para satisfacer sus deseos. Tales eran los atractivos que hallaba en el padecer, tal el contento que sentia viviendo y muriendo en la cruz, tales las delicias que en ella gustaba, que á pesar de ser ardentísima su ansia de gozar de Dios,

lo era más todavía la de permanecer como estaba, hasta el día del juicio universal, si esta fuese la voluntad divina.

Ponia en admiracion á cuantas visitaban á la enferma, aquel gozo extraordinario, ocasionado por el pensamiento de la muerte. Mas plugo al Señor interrumpir por algun tiempo la abundancia de dulzuras interiores, de que la inundaba, inspirándola tan gran temor de su justicia, que se vió súbitamente atacada de extraordinarios espantos á la vista de los terribles juicios de Dios.

Por esta via quiso el mismo Señor purificar alma tan santa: veíasela temblar, humillarse, abismarse ante su crucifijo: se la oia repetir entre profundos suspiros: «Misericordia, Dios mio, misericordia.» Pero duró poco tiempo la lucha; muy pronto se disiparon sus temores, y en su espiritu renació la completa calma y la seguridad grande de su salvacion; el gozo y la tranquilidad se pintaron de nuevo en su semblante,

y exclamó: «Misericordias Domini in æternum cantabo.» Y más de una vez: «¡Qué puedo querer en el cielo y desear sobre la tierra sino á vos solo, Dios mio!»

Era tal la opresion de su pecho, que no podia permanecer en la cama, y era preciso sostenerla para que pudiera respirar. Repetia con frecuencia: «¡Ay de mí! me abraso, me abraso. Si fuera de amor divino, qué consuelo; pero jamás he sabido amar con amor perfecto á mi Dios.» Y dirigiéndose á las que la sostenian dijo: «Pedidle perdon por mí y amadle con todo vuestro corazon para reparar todos los instantes en que yo no lo hice. ¡Qué dicha la de amar á Dios! ¡Ah qué dicha! Amad, pues, á este amor; pero amadle con amor perfecto.» Tan fuera de sí lo decia, que se manifestaba bien á las claras tener su corazon penetrado enteramente por este fuego divino. Habló en seguida largamente del exceso de amor

de Dios á las criaturas y de lo poco que recibia de estas en retorno, y preguntó si aún viviría mucho; diciéndole que según el parecer del médico no moriría de aquella enfermedad, exclamó: «¡Ah, Señor, cuándo me sacareis, pues, de este destierro!» Otras veces decía: «Ad te levavi oculos meos, etc. Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi, etc. Si, espero ir, por la misericordia del Corazon Sagrado, á la casa del Señor.»

Pidió que rezasen en su presencia las letanias del Corazon adorable y las de la Santísima Virgen, para tenerlos propicios en el último instante, y además que invocasen por ella á su santo Fundador, su santo Angel y San José, pidiéndoles la asistiesen con su protección.

El amor de las humillaciones y el deseo de quedar sepultada en el eterno olvido de las criaturas, no se extinguió en su pecho hasta el último suspiro. Pocas horas antes de su muerte hizo pro-

meter á su Superiora que jamás diría cosa alguna de las que confidencialmente le habia comunicado, si pudiera redundar en alabanza suya. Despues mandó llamar á una de las Hermanas que habia sido novicia suya, á la cual singularmente estimaba por su mucha virtud y le dijo: «Os suplico, mi querida Hermana, que escribais instantemente al P. Rolin, suplicándole que quemé mis cartas y que me guarde inviolablemente el secreto como tantas veces se lo pedí.»

Una hora antes de espirar hizo llamar á la Superiora, á quien habia prometido avisarla antes de su muerte, y pidió la Extremauncion. Recibida, dió gracias por todo cuanto habian hecho para alivio de su mal, añadiendo que ya nada la hacia falta, y no la restaba otra cosa en el mundo, sino abismarse en el Sagrado Corazon de Jesus para exhalar en Él su último suspiro.

Permaneció despues algun tiempo en

suavísima calma, y pronunciando al fin el santo nombre de Jesús, rindió dulcemente su espíritu en un deliquio de aquel ardiente amor por Jesucristo, que desde la cuna había echado ya tan profundas raíces en su alma. El mismo Dr. Billet no dudó en atribuir al amor esta muerte, como le había atribuido las enfermedades de Margarita.

Murió esta predilecta del Sagrado Corazon el 17 de octubre de 1690, á los cuarenta y dos años de edad y diez y ocho de Profesion. Espiró á cosa de las ocho de la noche entre los brazos de dos Hermanas que habían sido novicias suyas, y á las cuales algunos años ántes se lo había predicho. Se halló presente toda la Comunidad, que se había reunido para leerla la recomendacion del alma, teniendo así juntamente con el dolor de perderla, el consuelo de ver cómo mueren los santos.

FIN



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
AL QUE LEYERE.....	5
I.— Favores con que Margarita María fué prevenida por Jesús en sus primeros años.	9
II.— Luchas y triunfos de Margarita María en su vocacion.	33
III.— Noviciado de Margarita . . .	67
IV.— Profesion.— Primeras manifestaciones del Corazon divino.	87
V.— La víctima preparada por el amor.	111
VI.— La inmolation.— El Director.	143
VII.— El testamento.— La devocion al Corazon de Jesús. .	169
VIII.— Primeros honores tributados al Sagrado Corazon.— Sufrimientos y favores	191
IX.— Últimos años de Margarita.	213
X.— Santa muerte de Margarita María.	239

